

Guerra Fría, carrera espacial y educación comparada. A propósito de George Zygmunt F. Bereday (1920-1983) y Juan Tusquets (1901-1998)

Ferran Sánchez Margalef
Universidad de Barcelona

Conrad Vilanou Torrano
Universidad de Barcelona

Resumen

En este artículo los autores ponen de manifiesto la incidencia que la Guerra Fría tuvo en el terreno educativo y, especialmente, en el desarrollo y el fomento de la educación comparada. En este sentido, el lanzamiento del Sputnik el 4 de octubre de 1957 marcó un punto de inflexión y, así, Occidente fijó su mirada en el sistema educativo de la Unión Soviética. Por ello, la educación comparada —una disciplina de larga tradición en el ámbito de la Pedagogía— encontró un campo abonado para su desarrollo, con autores como Juan Tusquets (1901-1998), que la introdujo como materia universitaria en España, y el norteamericano de origen polaco George Z. F. Bereday (1920-1983), cuyas obras metodológicas y sobre la educación soviética circularon en nuestro país. En fin, la Guerra Fría también tuvo su correlato pedagógico en el estudio social y educativo de la Unión Soviética, sobre todo en los años de más tensión entre 1957 y 1969.

Palabras clave: Guerra Fría, carrera espacial, educación comparada, comunismo, Juan Tusquets, George Z. F. Bereday.

Abstract

In this article, the authors highlight the impact that the Cold War had on the educational field and, especially, on the development and promotion of Comparative Education. In this sense, the launch of Sputnik on October 4, 1957 marked a turning point and thus the West set its sights on the educational system of the Soviet Union. For this reason, Comparative Education —a discipline with a long tradition in the field of pedagogy— found a fertile field for its development, with authors such as Juan Tusquets (1901-1998) who introduced it as a university subject in Spain and the North American of origin Polish George Z. F. Bereday (1920-1983), whose methodological works and on Soviet education circulated in our country. In short, the Cold War also had its pedagogical correlate in the social and educational study of the Soviet Union, especially in the years of greatest tension between 1957 and 1969.

Keywords: Cold War, space race, Comparative Education, communism, Juan Tusquets, George Z. F. Bereday.

De entrada, conviene tener presente que Karl Schlögel ha presentado el siglo XX como el siglo soviético, cuya existencia se dio junto a otra realidad como la norteamericana. De hecho, ambos universos —el soviético y el estadounidense— configuran dos caras de una misma moneda. En realidad, el siglo XX tenía que ser el de Alemania, pero acabó siendo el de las dos potencias citadas, la URSS, con sus quince repúblicas, y los Estados Unidos, después de su participación en las dos contiendas mundiales. Si bien ambas potencias fueron aliadas durante la Segunda Guerra Mundial, de acuerdo con el principio de la *Realpolitik*, después de la victoria sobre el nazismo se enfrentaron en la Guerra Fría, un concepto que ha sido abordado por diversos autores y, muy especialmente, por Walter Lippmann, que contribuyó a divulgar la expresión. Recordemos que este afamado periodista escribió una serie de artículos en el *New York Herald Tribune* que dieron lugar al libro *The Cold War. A study in U.S. foreign Policy*, una obra que se ha convertido en un referente sobre el tema y que se caracteriza por defender la idea de que se había que respetar la influencia de la URSS en Europa¹.

En el prólogo de su libro sobre *El siglo soviético*, Schögel —que hace años nos obsequió con otra excelente obra titulada *Terror y utopía: Moscú en 1937*—² ya se hacía eco de «la anexión de Crimea por parte de Putin y la guerra no declarada que se libra contra Ucrania desde entonces, que, en mi opinión, obligaba a visitar el imperio desaparecido»³. Por nuestra parte, debemos recordar que Curzio Malaparte ya manifestó en su día que el Volga nace en Europa, con lo que se confirmaba la pertenencia de Rusia al continente europeo, de manera que se rompía el tópico que correspondía a Asia⁴. Por todo ello, no se ha dudado recientemente en incluir a San Petersburgo y Moscú en el mapa de las ciudades pedagógicas europeas⁵.

Tampoco se puede olvidar que el viaje a Rusia fue una constante desde la Revolución Soviética de 1917. Entre los viajeros destacan los desplazamientos llevados a cabo por intelectuales españoles como Fernando de los Ríos, Josep Pla, Joaquín Xirau, Ángel Pestaña y otros, muchos de los cuales obtuvieron una impresión poco positiva⁶. Ahora bien, a partir de 1945 la entrada en la URSS se hizo más difícil para los visitantes procedentes de Occidente, de modo que las noticias llegaban con cuenta gotas y, a menudo, en medio de titulares que no siempre se podían contrastar, habida cuenta de la inveterada tradición rusa por el secreto. Si en su día André Gide regresó insatisfecho por lo que había visto en Rusia (*Retour de l'URSS*, 1936), lo mismo sucedió durante la Guerra Fría con el libro de Jacques Lanzmann, *Cuir de Russie*, aparecido a comienzos de 1957, que no gustó a los que defendían el comunismo soviético. Por tanto, el debate de la Guerra Fría —un término que algunos atribuyen a

1 Walter Lippmann, *The Cold War. A study in U.S. foreign Policy*, Nueva York: Harper and Brothers, 1947.

2 Karl Schlögel, *Terror y utopía. Moscú en 1937*, Barcelona: Acantilado, 2014.

3 Karl Schlögel, *El siglo soviético. Arqueología de un mundo perdido*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2021, p. 15.

4 Curzio Malaparte, *El Volga nace en Europa seguido de El sol está ciego*, Barcelona: Tusquets, 2015.

5 Isabel Vilafranca y Raquel Cercós, *Ciudades pedagógicas europeas: hacia una cartografía educativa*, Barcelona: Edicions de la Universitat de Barcelona, 2021.

6 Andreu Navarra, *El espejo blanco. Viajeros españoles en la URSS*, Madrid: Fórcola, 2016.

Goebbels y otros a Churchill— tenía una derivada que afectaba a la Europa occidental, sobre todo a Francia e Italia, con una militancia significativa de sus respectivos partidos comunistas, con líderes carismáticos como Palmiro Togliatti en el caso de trasalpino y de Maurice Thorez y Roger Garaudy en Francia, si bien este último fue expulsado del Partido en 1970.

A fin de cuentas, los comunistas contaron con el apoyo de intelectuales progresistas que giraban en torno de la figura de Jean Paul Sartre, que junto a Simone de Beauvoir se convirtieron en una guía para un sector importante de la juventud, la cual mostró su vigor en el Mayo francés del 68. Aquí cabe recordar que según Michel Onfray, Sartre legitimó la violencia revolucionaria y el totalitarismo marxista-leninista en una actitud que califica como de bolchevismo romántico frente al poder burgués. No por azar, desde las páginas de *Les temps modernes*, revista fundada en 1945, Sartre justificó en más de una ocasión la política soviética y así se convirtió en un compañero de viaje del comunismo⁷.

En ocasiones, da la sensación de que el existencialismo fue una corriente de pensamiento que preocupó a los círculos académicos españoles, ya que su carga existencial erosionaba el pensamiento esencialista que defendía la filosofía neoescolástica que se había impuesto en España después de 1939. A propósito, podemos señalar que mientras se prestaba atención al existencialismo para dar una respuesta al ateísmo que comportaba, se dejaba la puerta abierta para la entrada de la izquierda hegeliana que favoreció la penetración del marxismo. En todo caso, y después del mayo parisino, a finales de agosto de 1968, las tropas del Pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia para poner fin a la primavera de Praga, en una prueba más de que la ortodoxia soviética no permitía fácilmente desviaciones ideológicas. Tal dinámica ya se había demostrado en Hungría (1956), con la invasión de los tanques soviéticos, una decisión de Jruschov que, a pesar de haber llevado a cabo una política de desestalinización después de pronunciar el informe secreto en el vigésimo Congreso del PCUS el 25 de febrero de 1956, no impidió que meses después los líderes magiares Imre Nagy y Pál Maléter fuesen ejecutados.

Desde la perspectiva pedagógica, se fijó la atención en el mundo soviético sobre todo a partir de la muerte de Stalin el 5 de marzo de 1953 y la llegada de Jruschov al poder, en un momento histórico en que la URSS consiguió grandes logros educativos, como la desaparición casi total del analfabetismo y éxitos científico-tecnológicos como el Sputnik 1, el primer satélite artificial, que fue puesto en órbita el 4 de octubre. «El Sputnik era un satélite inofensivo y pacífico, pero los analistas norteamericanos se dieron cuenta también de

7 Michel Onfray, *La Pensée de midi. Archéologie d'une gauche libertaire*, Paris: Éditions Galilée, 2007, pp. 30-35.

que un misil como ese podía transportar una carga nuclear de varios megatonnes»⁸. De hecho, entre 1957, fecha de su lanzamiento, y 1969, con la llegada de los norteamericanos a la luna en la misión del Apolo 11, la carrera espacial vivió unos momentos estelares, aunque la competición entre ambas potencias se inició un poco antes (en 1955) y finalizó hacia mediados de la década de los setenta (1975)⁹.

«Internationally, the USSR captured world attention with a series of spectacular successes in the launching of space satellites, beginning with Sputnik I on October 4, 1957. This was followed by Sputnik II on November 3rd., later satellites, unmanned spacecraft, and satellites with several cosmonauts, and core with a woman cosmonaut. Soft landings of unmanned spacecraft on the moon on Venus took place in the 1960's. Admiration of these Soviet technological achievements was universal, especially in the USA, where many leaders attributed technical success to educational superiority»¹⁰.

Efectivamente, a las pocas semanas del lanzamiento del Sputnik-I, el 3 de noviembre, por iniciativa de Jruschov, que deseaba conmemorar el cuadragésimo aniversario de la Revolución soviética (1917-1957), se puso en órbita el segundo Sputnik, con la perrita Laika que, a pesar de morir a las pocas horas del despegue, demostró que un ser vivo también podía participar de la aventura especial, una realidad que se plasmó con Yuri Gagarin cuando el 12 de abril de 1961 se convirtió en el primer cosmonauta y un héroe para el mundo soviético que, además, murió en un accidente aéreo siete años más tarde (1968). Aquí también cabe mencionar a Valentina Tereshkova, que el 16 de junio de 1963 estuvo tres días a bordo del Vostok-6, que realizó cuarenta y ocho órbitas alrededor de la tierra, siendo todavía hoy la única mujer que ha pilotado una nave espacial en solitario, hasta el punto de que su prestigio en la Rusia de Putin es similar al que alcanzó en la URSS.

Durante estos años, la URSS acumuló conquistas en su haber, lo que sirvió de acicate para que los Estados Unidos dieran la correspondiente réplica, y, que desde prismas como la Educación Comparada, se estudiase metodológica y científicamente la preparación de las juventudes soviéticas que en pocos años pasaron del estalinismo al período liderado por Jruschov (1953-1964), que historiadores como Carlos Taibo han calificado como una época de deshiele. Sin embargo, Jruschov fue obligado a dimitir en 1964 después del fracaso de sus experimentos voluntaristas y fue substituido por Leónidas Brezhnev, que frenó la política de liberación iniciada por su predecesor, hasta el punto de que —según Taibo— marcó una fase de estancamiento a la que siguió la

⁹ Michel Onfray, *La Pensée de midi. Archéologie d'une gauche libertaire*, Paris: Éditions Galilée, 2007, pp. 30-35.

¹⁰ William W. Brikman y John T. Zepper, *Russian and Soviet Education, 1731-1989*, Nueva York-Londres: Garland Publishing, 1992, p. 41.

reforma fallida de la perestroika. «Comparado con lo que vino después es obligado recordar, aun así, que el periodo de Jrushchov fue una etapa de experimentación y liberalización que suscitó esperanzas inéditas en una sociedad cuyo vuelo había sido recortado treinta años atrás»¹¹.

De ahí, pues, que la educación comparada fijase su atención en el mundo soviético, una realidad que era estudiada desde diferentes perspectivas, sobre todo desde la Alemania Federal que anhelaba la unificación y desde los Estados Unidos, con la aparición de una extensa bibliografía¹². En ese contexto, el estudio del modelo social y pedagógico soviético mereció la atención de especialistas de diversas instituciones, entre las que destacan los Institutos de Educación Comparada, como el de Barcelona, que Tusquets fundó después de la visita de Bereday a la Ciudad Condal. El Instituto fue reconocido ministerialmente el 2 de diciembre de 1966 y, después de dos años de estudios, otorgaba el título de experto. Por lo demás, circulaban publicaciones como *The Soviet Review*, que vio la luz entre 1960 y 1992, ejemplares de la cual se encuentran depositados en la Biblioteca de Educación de la Universidad de Barcelona, suponemos que a iniciativa del profesor Juan Tusquets que —en algún momento— afirma que se trata de una revista al servicio de la propaganda soviética, pero que todo indica que consultó sobre todo en lo que afectaba a la educación rusa.

1. Zigmunt F. Bereday, educación comparada y geopolítica soviética

Naturalmente, la cosa venía de antes, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, tal como se desprende de los artículos que publicó —por ejemplo— en la revista *La Civiltà Cattolica*, de la Compañía de Jesús, sobre el soviétismo. Como es bien sabido, el materialismo soviético se presentaba como una cruzada atea contra la religión, considerada como el opio del pueblo. De alguna manera, la cosmovisión científica del mundo suplantó a la concepción cristiana, con lo que en Rusia se pretendía romper con la tradición de la espiritualidad ortodoxa de autores como Vladimir Soloviov y Nicolai Berdiaev e, incluso, de León Tolstoi, un reformista a los ojos de revolucionarios como Lunacharski, pero cuya pedagogía fue analizada en *The Soviet Review* por N. K. Goncharov, vicepresidente a la sazón de la Academia de Ciencias pedagógicas de la URSS¹³.

Los avatares contra la religión fueron especialmente violentos en los primeros compases de la Revolución de 1917 y se agudizaron con Jruschov, que rectificó la actitud más tolerante de Stalin, que fue permisivo hasta finales

¹¹ Carlos Taibo, *Historia de la Unión Soviética 1917-1991*, Madrid: Alianza Editorial, 2020, p. 194.

¹² Josef Gerhard Roggenkamp, *Die Sowjetische Erziehung*, Düsseldorf: Patmos-Verlag, 1961.

¹³ Nikolai Kirillovich Goncharov, «Ideas and practice of N. L. Tolstoy», *The Soviet Review*, vol. 4, núm. 1 (1963), pp. 47-57.

de la década de los cuarenta. «Emprendida a finales de los años cincuenta, la enérgica campaña contra la religión duró hasta los sesenta, llegando a su cresta en 1961: se reforzó la propaganda antirreligiosa, subieron los impuestos sobre las actividades religiosas, se cerraron iglesias y monasterios... El resultado fue que la cifra de parroquias ortodoxas cayó de más de 15.000 en 1951 a menos de 8.000 en 1963»¹⁴. Con este trasfondo, no extraña que de las bibliotecas, siempre supervisadas por el control ideológico, desaparecieran disciplinas enteras como la teología¹⁵.

Con estos precedentes, Stalin —que había estudiado en un seminario— suplantó las ceremonias religiosas de antaño por «una panoplia de nuevos ritos, adueñándose y transformando en parte los viejos»¹⁶. Aparte de los ritos de paso de los jóvenes soviéticos, con el tránsito de pionero (de nueve a catorce años) a miembro de la Juventud Comunista (*Komsomol*), preludio del ingreso en el Partido, una nueva religión secular, hay que tener en cuenta el culto a la persona que se manifiesta —por ejemplo— en el mausoleo de Lenin en el Kremlin, así como en una extensa filmografía que transmitía «una imagen de un Lenin voluntarioso, alegre, sumergido en la acción revolucionaria»¹⁷.

En el fondo, la política antirreligiosa de Jruschov buscaba que el científico substituyese el papel del pope, del sacerdote, en un momento con victorias de la URSS sobre Occidente. Así se cuajó la ideología del ateísmo científico y en las escuelas se implantó la lectura de un texto en lengua rusa de Serguei I. Kovalev que respondía al título del Sputnik ateísta, que apareció en 1959 y se reeditó dos años después¹⁸. Mientras tanto, los soviéticos lanzaban campañas publicitarias sobre la excelencia de su sistema educativo, tal como sucedió con ocasión de la Expo de Bruselas de 1958 —con el emblemático Atomium como reflejo de una nueva era— cuando la URSS editó un folleto ilustrado con el título *Education in the USSR at the Universal International exhibition of Brussels*, en el que se ofrecía un elenco de la organización del sistema educativo soviético, de las organizaciones juveniles (Pioneros, Komsomol) y de los aspectos más significativos de la pedagogía soviética (ciencias naturales, enseñanzas científicas, fomento de las ingenierías, educación física, deportes, etc.)¹⁹.

Por descontado, en Occidente preocupaba la fundamentación de la ética comunista en el materialismo ateo, sin un poso en la concepción sobrenatural del ser humano que era substituida por el espíritu del Partido y el colectivismo²⁰. Resulta evidente que el ateísmo se presentó como una constante en los programas pedagógicos de la Unión Soviética, una realidad que no podía aceptarse desde la Iglesia romana, que vio en la propaganda comunista un serio peligro para la concepción espiritualista del mundo que afectaba, además,

14 William Taubman, *Kruschev. El hombre y el tiempo*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2005, p. 615.

15 Karl Schögel, *El siglo soviético. Arqueología de un mundo perdido*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2021, p. 468.

16 Félix Bayón, *La vieja Rusia de Gorbachov*, Madrid: Ediciones El País, 1985, p. 96.

17 Serguei M. Eizenshtein, *Lenin y el cine*, Madrid: Fundamentos, 1981, p. 11.

18 William W. Brikman y John T. Zepper, *Russian and Soviet Education, 1731-1989*, Nueva York-Londres: Garland Publishing, 1992, p. 44.

19 *Education in the USSR at the Universal International exhibition of Brussels*, Brussels: USSR Section at the Universal and International Exhibition of Brussels, 1958 (Se trata de un folleto ilustrado de 64 páginas).

20 Stefan Vagovic, *Ética comunista*, Roma: Libreria Editrice dell'Università Gregoriana, 1959.

a países como Polonia y Hungría de profundas convicciones católicas. No en balde, la actitud del cardenal magiar József Mindszenty, perseguido y encarcelado por las autoridades comunistas que controlaban Hungría, se convirtió en un referente para el orbe católico en su enfrentamiento al comunismo.

Valga precisar que los orígenes de la educación comparada se remontan a la figura de Marc-Antoine Jullien de París, lo cual nos remite a la época napoleónica y a la restauración que siguió a la Paz de Viena (1815)²¹. Es cierto que durante el siglo XIX se realizaron diversos viajes comparatistas que tenían por objeto conocer la realidad educativa de los distintos países, una tradición que se mantuvo durante los años de la Edad de Plata de la cultura española a comienzos del siglo pasado. Pues bien, Bereday distinguió tres etapas en la evolución de la educación comparada que pueden clasificarse bajo los siguientes epígrafes: empréstito, predicción y análisis. La primera surgió con Marc-Antoine Jullien de París y trataría de tomar en préstamo los ejemplos y modelos foráneos²². Entre los autores que pueden integrarse en la segunda fase de predicción destacan Sadler, Kandel, Hans, Schneider, etc., a la vez que se enfatizaba que los logros y fracasos de otros países interesaban a fin de prever las posibles consecuencias de las reformas cuando se aplicasen en un lugar determinado. Por último, Bereday se refirió a la fase analítica en la que autores como José Antonio Benavent sitúan la teoría de las corrientes educativas del catalán Pere Rosselló e, igualmente, la metodología de Bereday, que se distingue por establecer cuatro pasos en la comparación, esto es, descripción, interpretación, yuxtaposición y comparación²³. De hecho, en 1965 el profesor Benavent Oltra, discípulo de Tusquets, presentó una tesis de licenciatura en la Sección de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona sobre *La metodología comparativista* de George Z. F. Bereday, a la que siguieron un par de artículos sobre el mismo tema, el primero de los cuales incluye una detallada biografía, suministrada probablemente por el mismo Bereday, y una relación de su producción bibliográfica²⁴.

Una diferencia importante entre Bereday y Tusquets radica en que para el primero la educación comparada es una ciencia que utiliza diversos métodos de trabajo, propios de las ciencias sociales, mientras que para Tusquets es únicamente un método. Con independencia de las cuestiones epistemológicas y metodológicas, conviene poner de relieve que la incorporación de los estudios de educación comparada a los planes universitarios españoles coincidió con los años de la Guerra Fría, cuando se institucionalizó como materia obligatoria en la licenciatura de Pedagogía, dentro del marco genérico de los estudios de la Facultad de Filosofía y Letras. A pesar de existir algunos antecedentes, la institucionalización de la educación comparada como disci-

21 Marc-Antoine Jullien, *Esbozo de una obra sobre educación comparada*, edición de Luis M. Naya, Madrid: Delta publicaciones, 2017.

22 José A. Benavent, «Los métodos de la educación comparada», *Revista de Educación*, núm. 198, abril 1968, pp. 311-318 y núm. 199, mayo de 1968, pp. 357-360.

23 Pere Rosselló, *La teoría de las corrientes educativas y otros ensayos*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2007.

24 José A. Benavent, «La metodología comparativista de G. Z. Bereday. Biografía y Bibliografía», *Perspectivas Pedagógicas*, núm. 17 (1966), pp. 63-76, y «La metodología comparativista de G. Z. Bereday. II», *Perspectivas Pedagógicas*, núm. 18 (1966), pp. 249-279.

plina fue iniciativa de Juan Tusquets Tarrats, con la restauración de los estudios de Pedagogía en la Universidad de Barcelona a mediados de la década de los cincuenta del siglo pasado. Fue entonces cuando surgieron empresas como la revista especializada *Perspectivas Pedagógicas*, que inició su singladura en 1958 —poco después del lanzamiento del Sputnik—, y la creación de un Instituto de Pedagogía Comparada, que como hemos anticipado fue reconocido oficialmente a fines de 1966²⁵.

A mayor abundamiento, procede señalar que Tusquets dio noticia bibliográfica de la aparición del libro de Bereday *Comparative method in Education* (1964), que calificó «de maravilla de orden y documentación», de modo que reconocía que urgía «verter esta obra al español»²⁶. Así, pues, y de acuerdo con sus propias palabras, se encargó de traducir y divulgar en nuestro país el pensamiento de George Zygmunt F. Bereday, polaco de nacimiento y oficial del ejército de su país que conocía perfectamente los entresijos de la historia europea. Formó parte del arma de caballería de su país y, más tarde, del cuerpo británico de paracaidismo durante la Segunda Guerra Mundial hasta alcanzar el grado de capitán de las fuerzas aliadas. Mereció la medalla *Virtuti Militari*, la máxima condecoración militar polaca, por su participación en la operación aerotransportada en Arnhem (Holanda)²⁷. Hay que suponer, pues, que Bereday era consciente del trato dispensado por Rusia —primero la zarista, después la soviética— a la nación polaca, firmemente católica. Se ha dicho, y no sin razón, que la raíz de los conflictos entre Rusia y Polonia radica en el hecho de que esta última carece de fronteras naturales²⁸. Para ilustrar lo que decimos, recordamos el ataque a Polonia del Ejército Rojo por el este el 17 de setiembre de 1939, mientras la *Werhmacht* había iniciado el 1 de setiembre las hostilidades bélicas desde el oeste, sin olvidar con anterioridad la guerra ruso-polaca (1919-1921) que se saldó con la victoria de Polonia. En esta línea, destaca la masacre de Katyn de la primavera de 1940, cuando la inteligencia polaca —representada por miles de oficiales del ejército nacional— fue liquidada por los soviéticos. Podemos sospechar que, en el universo mental de los autores nacidos en Polonia, o de padres polacos, como Bereday y su mentor Alex Inkeles, debía influir la dinámica histórica ruso-polaca y, más en concreto, la masacre de Katyn, que tuvo lugar unos meses después del pacto germano-soviético, firmado el 23 de setiembre de 1939 entre Ribbentrop y Mólotov y que sirvió para repartirse Polonia. Según las investigaciones más recientes, en Katyn murieron cuatro mil oficiales del ejército, aunque para decapitar a la clase dirigente del país el terror soviético elevó la cifra a veinticinco mil víctimas²⁹.

Es preciso tener en cuenta que Bereday fue un colaborador de Alex Inkeles (1920-2010), hijo de inmigrantes judíos procedentes de Polonia —la

25 Ramona Valls, Conrad Vilanou y Antonieta Carreño, «Prehistoria y primera historia de la Sociedad Española de Educación Comparada», *Revista Española de Educación Comparada*, núm. 24 (2014), pp. 13-39.

26 *Perspectivas Pedagógicas*, núm. 16, 1965, pp. 130-131.

27 Justyna Wojniak, «George Z. F. Bereday (Zygmunt Fijałkowski) and his comparative method in educational research», SHS Web of Conferences, v. 48, n. 1, 01050, 2018. DOI: <https://doi.org/10.1051/shsconf/20184801050>

28 *Gaceta Ilustrada*, núm. 82, 3 de mayo de 1958, p. 6.

29 Thomas Urban, *La masacre de Katyn. Historia del mayor crimen soviético de la Segunda Guerra Mundial*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2020.

misma nacionalidad que la de Bereday— que durante los años de la Guerra Fría se encargó de estudiar la realidad sociológica rusa. Llama la atención que en 1949 Inkeles defendiese su tesis doctoral en la Columbia University, que publicó el año siguiente con el título de *Public Opinion in Soviet Russia: A Study in Mass Persuasion*. Profesor de Sociología en Harvard entre 1957 y 1971, dio a la imprenta *What is Sociology?* (1964) y *Social Change in Soviet Russia in 1968*. A partir de 1972 fue profesor de Sociología en la Stanford University y *senior fellow* en la Hoover Institution. Podemos añadir que *Social Change in Soviet Russia* (1968) fue reeditada en 2014, en el marco del *The Russian Research Center of Harvard University*, fundado en 1948, que ha contado con el soporte de diversas fundaciones (Carnegie, Ford, etc.), un centro interdisciplinario de las instituciones y realidades sociales rusas que continúa en activo con un extenso elenco de publicaciones. Entre los directores de este Centro, cabe mencionar al historiador Richard Pipes que lo comandó entre 1970 y 1973 y que es autor de un estudio de referencia sobre la Revolución soviética que data de 1990 y que en el 2016 se tradujo al español³⁰.

Desde el año 1996, el Centro responde al nombre de *David Center for Russian and East European Studies*, en honor de Kathryn W. Davis (1907-2013), una mujer de gran cultura que en 1934 había defendido la tesis doctoral titulada *The Soviet in Geneva* en la que pronosticaba que la URSS se uniría a la Sociedad de Naciones, y de su esposo, el diplomático y filántropo Shelby Cullom Davis (1904-1994). Ambos, además, habían viajado a la URSS, por lo que mostraron un gran interés por estudiar los asuntos relativos al régimen soviético. Actualmente, en los Estados Unidos se contabilizan unos veinticinco centros de estudios que focalizan su atención en Rusia, la antigua Unión Soviética, los países del este europeo y Eurasia, lo cual pone de manifiesto la existencia de una larga tradición en este tipo de estudios que han recobrado actualidad con la figura de Putin y la reciente invasión de Ucrania por parte de las tropas rusas.

«In December, 1957, the Comparative Education Society, an international organization located in the USA, signed an agreement with the USSR Union of Teachers, Educators, and Scientifics Workers for an exchange of visits and publications. On the inter-governmental level, the USA and the USSR signed, in January 1958, the Lacy-Zaroubin Agreement, under which exchanges would take place in the realms of culture, technology, and education»³¹.

Por nuestra parte, podemos señalar que la firma de este pacto por la cultura, entre los Estados Unidos y la URSS, se produjo en Washington el 27

³⁰ Richard Pipes, *La revolución rusa*, Barcelona: Debate, 2016.

³¹ William W. Brikman y John T. Zepper, *Russian and Soviet Education, 1731-1989*, Nueva York-Londres: Garland Publishing, 1992, p. 42.

de enero de 1958, tres meses después del lanzamiento del Sputnik, y fue rubricado por William SB Lacy, asesor del presidente de los Estados Unidos en cuestiones soviéticas, y Georg Zarubin, embajador de la URSS en los Estados Unidos. De hecho, este pacto se mantuvo en vigencia a través de prórrogas hasta la desaparición del gigante soviético. Gracias a este tratado, es más que probable que Bereday visitase la Universidad de Moscú, donde impartió algunos cursos según consta en su currículum, que ha sido rescatado por Justyna Wojniak.

Con estos antecedentes, podemos aventurar que los trabajos de educación comparada de Bereday pueden inscribirse en un contexto social que abordó, como Inkeles, la temática soviética con un enfoque psicológico y sociológico, de manera que se precisaba la perspectiva pedagógica. En efecto, Inkeles, en *Social Change in Soviet Russia*, se interesó por la estratificación social y la situación de la familia, de la Iglesia ortodoxa, de los medios de comunicación y de la propaganda, todo ello a través de una metodología comparada, quizás porque los trabajos de Bereday sobre la pedagogía soviética son anteriores. Además, en el prefacio de este libro, Inkeles expuso una realidad que, salvando todas las distancias, también podemos aplicar a Bereday, ya que ambos procedían de Polonia. Así, Inkeles, en *Social Change in Soviet Russia*, afirma lo siguiente:

Este libro tuvo su origen en mi niñez, aunque yo no nací en Rusia y no aprendí el idioma hasta los veintiún años. Pero mis padres habían venido a los Estados Unidos desde Polonia antes de la primera Guerra Mundial, cuando todavía estaba bajo el dominio ruso, y muchos de sus amigos y familiares que partieron en el mismo período habían estado apasionadamente involucrados en los asuntos políticos, si no tan a menudo en la acción política, que en aquellos años dominaba la atención de los más sensibles y jóvenes moralmente comprometidos en la Europa del Este³².

De un modo significativo, queda confirmado que el ambiente que se respiraba en las universidades norteamericanas con la presencia de un núcleo importante de polacos-estadounidenses era proclive al estudio de los asuntos relativos a la Rusia soviética, tal como se desprende de la bibliografía de Inkeles, que ofrece títulos como los siguientes: *Public Opinion in Soviet Russia. A study in Mass Persuasion* (1958) y *The Soviet Citizen. Daily Life in a Totalitarian Society* (1964), y de los trabajos de Bereday, profesor de Educación Comparada de la Columbia University y editor de la *Comparative Education Review*, cuyo primer número apareció el mes de junio de 1957, a las puertas del lanzamiento del Sputnik.

³² Alex Inkeles, *Social Change in Soviet Russia*, Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 1968, p. VII.

Sin duda alguna, la obra de Bereday marcó un hito en la evolución de la educación comparada internacional al publicar, en 1964, su metodología *Comparative method in education*, un libro del cual —y como hemos visto— Tusquets dio inmediata noticia bibliográfica y que él mismo tradujo en 1968, mientras que cuatro años más tarde se vertía al portugués en Brasil³³. Por supuesto, esta obra revisa en diferentes momentos la situación educativa de la Unión Soviética a través de la comparación de su potencial científico con los Estados Unidos (pp. 113-144), el análisis de las entidades que regulan el plan de estudios en cuatro países (Estados Unidos, URSS, Francia e Inglaterra) (pp. 165-190) y la importancia del lenguaje, el caso de la URSS (pp. 193-209). No extraña, pues, que el diplomático estadounidense James N. Cortada solicitara desde las páginas de *Perspectivas Pedagógicas* que los diplomáticos norteamericanos tuviesen una formación en educación comparada³⁴.

Por lo demás, y de cara a nuestros intereses, conviene tener presente que Bereday había promovido libros como *The changing Soviet School* (Boston, 1960) y *The Politics of Soviet Education* (Nueva York, 1960), que se tradujo con el título *Política de la educación soviética* (1965), obra publicada en la editorial Lumen vinculada a Tusquets³⁵. Igualmente, Bereday participó en la obra *Modernization and Diversity in Soviet Education* (1971) junto a Jaan Pennar y Ivan I. Bakalo, a fin de profundizar en una realidad plural como la de la Unión Soviética, con sus quince repúblicas, y así definió el sistema soviético como la diversidad en la unidad³⁶. Después de todo, Bereday era el autor de referencias en los programas de docencia universitaria de la asignatura de Educación Comparada, según se explicaba en la Universidad de Barcelona, de la mano del profesor Tusquets y de sus colaboradores.

Con relación a la URSS, nótese que las medidas de Jruschov adoptadas en 1956 eliminaron las tasas para los grados superiores (VIII-X) de la educación secundaria. «Also in 1956, the USSR Council of Ministers abolished of tuition fees in grades 8-10 secondary schools and in the higher educational establishments. Students would receive stipends, the amount depending upon their decree was intended to encourage higher enrollments and higher standards of academic work»³⁷. A su vez, propuso ampliar los años de escolaridad de diez a once, una medida que después de un tiempo de vigencia fue eliminada en 1964, pocos meses antes de la caída de Jruschov, por lo que se volvió a los diez grados de escolaridad. Para conocer el currículum escolar soviético propuesto por Jruschov, que preveía once años de escolaridad obligatoria, se puede consultar *The Soviet Review* (1961), que reproducía un artículo aparecido en Rusia el año anterior³⁸. En líneas generales, la reforma que se puso en marcha en 1959

33 George Zygmunt F. Bereday, *El método comparativo en Pedagogía*, Barcelona: Herder, 1968 (La versión portuguesa con el título *Método comparado em educação*, se publicó en São Paulo, Nacional e USP, 1972).

34 James N. Cortada, «Influencias pedagógicas en la formación de los diplomáticos norteamericanos», *Perspectivas Pedagógicas*, núm. 23 (1969), pp. 283-291.

35 George Zygmunt F. Bereday, *Política de la educación soviética*, Barcelona: Lumen, 1965.

36 Jaan Pennar, Ivan I. Bakalo y George Zygmunt F. Bereday, *Modernization and Diversity in Soviet Education*, Nueva York: A Praeger, 1971.

37 William W. Brikman y John T. Zepper, *Russian and Soviet Education, 1731-1989*, Nueva York-Londres: Garland Publishing, 1992, p. 42.

38 «New curricula for Soviet School», *The Soviet Review*, vol. 2, núm. 4, abril 1961, pp. 10-14.

ampliaba la educación, que pasaba de diez a once cursos, si bien tal cambio fue efímero, ya que después de la deposición de Jruschov en 1964 se volvió al sistema anterior.

En Occidente interesaba conocer el proceso de modernización de la Unión Soviética, que fomentaba la formación profesional y politécnica, a la vez que sometía a todas las repúblicas a un proceso de rusificación a través del aprendizaje de la lengua rusa y del uso de libros de textos en este idioma. No acaba aquí la cosa, porque estos textos estaban confeccionados desde la perspectiva ideológica del marxismo-leninismo³⁹. En este punto, también hay que mencionar la Gran Enciclopedia Soviética, con tres ediciones entre 1927 y 1978, y cuya gestación corresponde —según Karl Schlögel— a la revolución cultural de 1928 y 1930. «Es obra de la Revolución, no de la evolución; del Gran Salto, no del progreso paulatino. Aspira a todo, pretende lo completamente distinto. El objetivo no es obtener beneficio, sino educar y emancipar a las masas, nada menos»⁴⁰.

Si damos crédito a las palabras de Jruschov, hay que pensar que los logros científicos rusos «tuvieron un efecto apaciguador» frente a las potencias occidentales, que «comprendieron muy pronto que habían perdido su oportunidad de atacarnos impunemente»⁴¹. De todos modos, y aparte de su efecto disuasorio, el avance tecnológico soviético no resolvía la gran pregunta que surgía en todos los ámbitos. ¿Cómo explicar que los Estados Unidos que había lanzado la bomba atómica en 1945, cuatro años antes de que estuviese en poder de los soviéticos (1949), estos superasen tecnológicamente en 1957 a la primera potencia mundial? A pesar de las críticas que había merecido el estalinismo, como un régimen dictatorial de purgas y terror, lo cierto es que después de la Guerra de Corea (1950-1953), los norteamericanos iban a la zaga de los soviéticos, liderados ahora por Jruschov en el poder entre 1953 y 1964, uno de los periodos más álgidos de la Guerra Fría con la construcción del muro de Berlín en 1961, dos años después de la Revolución cubana (1959), con la posterior crisis de los misiles (1962). Mientras tanto, en enero de 1961 se había producido el relevo en la Casa Blanca, de modo que a la administración republicana de Eisenhower —de personalidad débil, según Jruschov— les siguió la demócrata de John F. Kennedy, que además de su juventud, fue el primer presidente católico que fue asesinado en un atentado en Dallas (1963), una relación que ha generado mucha literatura, sobre todo referida al período 1960-1961⁴².

En realidad, el lanzamiento de la bomba atómica por los Estados Unidos en el mes de agosto de 1945 sobre Hiroshima y Nagasaki, una decisión que

³⁹ Xavier Baró Queralt, «El marxismo-leninismo en el aula (I): de los orígenes hasta la muerte de Stalin (1953)», *Temps d'Educació*, núm. 57 (2019), pp. 241-256 y «El marxismo-leninismo en el aula (II): la arterioesclerosis ideológica, de Jruschov a Gorbachov (1954-1990)», *Temps d'Educació*, núm. 59 (2020), pp. 173-191.

⁴⁰ Karl Schlögel, *El siglo soviético. Arqueología de un mundo perdido*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2021, p. 214.

⁴¹ Nikita Krushev, *Memorias. El último testamento*, Barcelona: Editorial Euros, 1975, p. 470.

⁴² William Taubman, *Krushev. El hombre y su época*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2005, pp. 577-608.

tomó el presidente Truman, conocedor de los efectos funestos que generaría, puso a los Estados Unidos a la vanguardia de la lucha tecnológica. Da la sensación que cuando Truman anunció en la conferencia de Yalta (del 4 al 11 de febrero de 1945) que poseía el arma nuclear, los soviéticos no prestaron una especial atención a la noticia, probablemente porque ya estaban al corriente de tales progresos gracias al espionaje. Por lo demás, recordemos que para Truman aquel lanzamiento supuso un mal menor, habida cuenta de la cantidad de sacrificios humanos que hubiera ocasionado una derrota nipona por métodos convencionales, lo que hubiera obligado a la conquista de todas y cada una de las islas del Pacífico. Además, parece evidente que los Estados Unidos deseaban afianzar su posición estratégica sobre el archipiélago japonés, mientras que el 8 de agosto de 1945 —dos días después del lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima— los soviéticos atacaron el imperio del Manchukuo, después de declarar la guerra al Japón, una vez derrotado el III Reich alemán. Tampoco podemos soslayar que este imperio fue loado en España durante el franquismo, sin ningún tipo de reservas, en medio de la propaganda en favor del imperialismo nipón y de sus juventudes, que aparecían a menudo en las imágenes del No-Do antes de la derrota japonesa⁴³.

Según lo que Truman declara en sus memorias, se habían hecho cálculos sobre las posibles bajas militares norteamericanas para derrotar al imperio nipón, que se acercaban a los dos millones de soldados⁴⁴. Para evitar tales pérdidas, se perpetró el ataque a Hiroshima y Nagasaki, una agresión sobre población civil indefensa que carecía de toda posible protección y aviso previo. Sea como fuere, la bomba nuclear desencadenó una carrera armamentista entre los países que la poseían y aquellos otros que carecían de ella, en un contexto en el que se trabajaba en la bomba H o bomba de Hidrógeno, cuya primera prueba tuvo lugar el 12 de agosto de 1953, lo que «suministró a los dirigentes soviéticos una enorme carga de optimismo»⁴⁵. Pero estas experimentaciones provocaron reservas en diferentes científicos, entre los que destaca Julius Robert Oppenheimer, que fue víctima de la caza de brujas. Incluso el mismo Jruschov quedó inquieto ante el poder de la energía termonuclear, de manera que «tras el susto inicial, se dio cuenta de que si el miedo de la energía termonuclear era mutuo, podría evitar una futura guerra entre la Unión Soviética y Estados Unidos»⁴⁶. En todo caso, resulta evidente que la pugna armamentista poseía una derivada en lo relativo a la conquista espacial, no solo con los cohetes intercontinentales que ponían fin a la pretendida seguridad de muchos países, entre ellos de los Estados Unidos que se habían escapado de los ataques nazis, sino también por lo que representaba para la exploración del universo con el viaje a la Luna como un objetivo más o menos lejano.

43 Gaspar Tato Cumming, *El imperio de Manchukuo*, Madrid-Burgos: Alonso, 1941.

44 Harry S. Truman, *Memorias*, Barcelona: Vergara, 1956.

45 Vladislav M. Zubok, *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la Guerra fría*, Barcelona: Crítica, 2008, p. 201.

46 Vladislav M. Zubok, *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la Guerra fría*, Barcelona: Crítica, 2008, p. 205.

En otro orden de cosas, parece evidente que la expansión de la televisión por aquellas mismas fechas (Televisión Española emprendió su andadura en 1956) hizo que las imágenes de la Guerra Fría, hasta entonces un patrimonio del NO-DO, que inició su trayectoria a comienzos de 1943, llegasen a los hogares españoles, con lo cual se convirtió en un importante instrumento de propaganda política. Así, Cabo Cañaveral (Florida) pasó a ser un lugar conocido para muchos televidentes que seguían la aventura espacial de los Estados Unidos. Ya en 1953, los norteamericanos habían establecido sus bases en España a través de un pacto con la primera potencia mundial que se selló con la llegada del presidente Eisenhower a Madrid, donde se entrevistó con Franco el 21 de diciembre de 1959, una visita de la que el NO-DO dio cumplida cuenta en sus imágenes (NO-DO, núm. 885B de 21 de diciembre de 1959). Tampoco se puede dudar que en las relaciones entre los Estados Unidos y España tuvo un papel relevante John Foster Dulles, secretario de estado desde 1953 con la administración republicana de Dwight Eisenhower y Richard Nixon, presidente y vicepresidente respectivamente, y que compartía con Franco un manifiesto anticomunismo que favoreció que España abandonara su aislacionismo y gradualmente fuese reconocida internacionalmente.

Al mismo tiempo, y en el contexto de la Guerra Fría, los Estados Unidos lanzaban sobre España activas campañas culturales, entre la batalla ideológica y la propaganda, emulando lo que hacían los soviéticos en su zona de influencia. Aquí conviene destacar el número monográfico de la revista *Ayer* (núm. 75, 2009), coordinado por el profesor Antonio Niño, sobre «La ofensiva cultural norteamericana durante la Guerra Fría». De los artículos que forman parte de este monográfico destacamos la constatación que hace J. A. Montero Jiménez, en el sentido de que «el aparato propagandístico de la Guerra Fría se mantuvo hasta varios años después de que la Unión Soviética hubiera dejado de suponer una amenaza». Es indudable que, en España, la propaganda yanqui tuvo sus efectos a pesar de las reticencias de los elementos falangistas más ortodoxos, como Rodrigo Royo, que en 1959 publicó *U.S.A., el paraíso del proletariado*, una obra crítica con el modelo de vida norteamericano⁴⁸. Pero a pesar de estos recelos, la España franquista, incluso los sectores más tradicionales, acabaron por aceptar el estilo de vida norteamericano. «De este modo, Norteamérica dejaba de presentarse encarnada en Nueva York, en la modernidad, en la caótica y estresante vida urbana, llena de ignorantes hombre-masa. Por el contrario, ahora se describía un país que se destacaba por su vida familiar, la intensa religiosidad de sus habitantes, su carácter moral o sus logros científico-técnicos»⁴⁹.

A decir verdad, la lucha contra el comunismo —que en los Estados Unidos encontró un aliado en el senador Joseph McCarthy, especialmente entre

⁴⁷ José Antonio Montero Jiménez, «Diplomacia Pública, debate político e historiografía de la política exterior de los Estados Unidos (1938-2008)», *Ayer*, núm. 75 (2009), p. 89.

⁴⁸ Rodrigo Royo, *U.S.A., El paraíso del proletariado*, Madrid: Servicio de Publicaciones, 1959.

⁴⁹ Daniel Fernández de Miguel, «La erosión del antifranquismo conservador durante el franquismo», *Ayer*, núm. 75 (2009), p. 220.

los años 1950 y 1956— implicaba un enfrentamiento, ya que frente a la aparición de la OTAN (1949) se estableció el Pacto de Varsovia (1955). En este punto, no está de más recordar lo que escribió el general Brent Scowcroft, asesor de varios presidentes norteamericanos, en el prólogo al libro de Frederick Kempe sobre Berlín 1961. «La guerra fría no fue solo un pulso con la Unión Soviética por la dominación mundial; fue también un conflicto alimentado por una serie de interpretaciones erróneas sobre las intenciones del otro, que no hacían más que reforzar la postura propia»⁵⁰. De cualquier modo, Alemania quedó dividida en dos y los intentos del canciller Adenauer para la unificación no surtían efectos positivos, lo cual obligó a Willy Brandt a llevar a cabo una política (*Ostpolitik*) de entendimiento con los países del Este a partir de 1969⁵¹.

No está de más recordar que el ascenso de Jruschov—con el consabido episodio de su zapato en la asamblea general de las Naciones Unidas el año 1960, a raíz de un enfrentamiento con la representación española—⁵² determinó que las comparaciones con Eisenhower, presidente de los Estados Unidos entre 1953 y 1961, tampoco fuesen infrecuentes. Así, Jruschov era presentado como un nuevo zar, con su humanidad corpulenta y un tanto vehemente, enfrentado a mariscales como Zurkov y Tito, alguien con escasos modales que perdía pronto la compostura arrastrado por su verborrea chismosa, algo que contrasta con la imagen que se desprende de él cuando se leen sus memorias, escritas bajo la atenta mirada de las autoridades que le depusieron. «Pero el auténtico logro de la era de Jruschov no reside en su estilo, sino simplemente en que se dejó vivir tranquila a “la sociedad”»⁵³.

A estas alturas, quizás sea conveniente resaltar las palabras de Edward Crankshaw que, en el prefacio a la edición norteamericana de las memorias de Jruschov, puso de relieve que el estalinismo había apostado por los campesinos, de modo que «eran hombres que carecían de educación y que desdeñaban la cultura»⁵⁴. Si Lenin procedía de la nobleza y Stalin había recibido una formación de seminarista, Jruschov era un obrero, y así tuvo que aprenderlo todo, en un proceso personal de autoeducación hasta el punto de que «al educarse a sí mismo estaba educando a la Rusia campesina»⁵⁵. Esta aspiración a cultivarse ha sido puesta de relieve por William Taubman; aunque como el mismo Jruschov lamentó, hubiera necesitado de más preparación y cultura para ejercer su cargo⁵⁶.

En ese contexto, tampoco deja de ser sintomático que se eligiese a Gagarin como primer cosmonauta, precisamente por su origen campesino, pero cuya trayectoria escolar pone de manifiesto su pasión por la ciencia, bajo el influjo del físico Konstantin Tsiolkovsky (1857-1935), que ha sido considerado el abuelo de la astronáutica soviética⁵⁷. Pues bien, reproducimos a continuación

51 Marició Janué i Miret, *La nova Alemanya. Problemes i reptes de la unificació 1989-2002*, Vic: Eumo editorial, 2003.

52 Nikita Krushev, *Memorias. El último testamento*, Barcelona: Editorial Euros, 1975, p. 418.

53 Karl Schlögel, *El siglo soviético. Arqueología de un mundo perdido*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2021, p. 164.

54 Nikita Krushev, *Memorias. El último testamento*, Barcelona: Editorial Euros, 1975, p. 487.

55 Nikita Krushev, *Memorias. El último testamento*, Barcelona: Editorial Euros, 1975, p. 487.

56 William Taubman, *Krushev. El hombre y su época*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2005, p. 76.

57 James T. Andrews, *Red cosmos. K. E. Tsiolkovskii, grandfather of Soviet rocketry*, College Station: Texas A. & M. University Press, 2009.

un fragmento de la entrevista que publicó Izvestia, el 14 de abril de 1961, dos días después del viaje al cosmos de Gagarin, en que se confirma su pasión científica forjada al socaire de los planteamientos pedagógicos soviéticos:

Q. What subjects did you like best at school?

A. I finished six classes at a Gzhatsk secondary school. Then I studied at a Lyubertsy vocational school and later at a technical institute in Saratov. During all those years my favorite subjects were physics and mathematics.

Q. When did you first hear of Tsiolkovsky?

A. I first heard of Tsiolkovsky in school. When I studied at the technical institute and the Air Force school, his name was very dear to us and we studied his works. I can say that in his book *Beyond the Earth* Tsiolkovsky very clearly forecast every – thing that I myself saw during my flight. Konstantin Tsiolkovsky imagined the world which would present itself to the eyes of man in outer space as no one else has⁵⁸.

Mientras tanto, a los ojos de la prensa occidental, el presidente Eisenhower —«Ike»— aparecía como un hombre hogareño, con una salud delicada, pero que jugaba al golf para mantenerse en forma y que no había estado interesado, cosa que sí hicieron los soviéticos en 1945, por las investigaciones nazis sobre cohetes, el famoso V2 que había concitado las esperanzas de Hitler que alentaba poseer un arma secreta. La cosa llega al extremo que se arguyó que el éxito del Sputnik se debía a un error norteamericano, ya que las tropas de los Estados Unidos no se fijaron en el arsenal que los nazis tenían en Nordhausen, a unos 100 kilómetros de Leipzig. Al retirarse las tropas estadounidenses según lo acordado en la conferencia de Postdam, el Ejército Rojo localizó una fábrica subterránea en los túneles de la montaña de Kohnstein en que los alemanes, con mano de obra procedente de los campos, desarrollaban los proyectos de cohetes intercontinentales (A-9; A-10) capaces de colocar satélites en órbita⁵⁹.

Claro está que la Guerra Fría suponía una competición entre las dos grandes potencias en la carrera espacial y, por extensión de propaganda, hasta el punto de que desde los países occidentales se argumentaba que el lanzamiento del Sputnik por los rusos comportó miseria para muchos habitantes de la URSS, un sistema totalitario que al decir de la prensa occidental no garantizaba un nivel de vida similar al del mundo libre, con problemas endémicos como el de la vivienda⁶⁰. En fin, las conclusiones a que se llegaba en Occidente eran claras: la aventura del Sputnik había causado la miseria entre una población depauperada ya de por sí y la muerte de miles de deportados a

⁵⁸ «Man in Space», *The Soviet Review*, vol. 2, núm. 5, mayo 1961, p. 49.

⁵⁹ *Gaceta Ilustrada*, núm. 71, 15 de febrero de 1958, pp. 6-7.

⁶⁰ *Garbo*, núm. 245, 23 de noviembre de 1957.

Siberia. Huelga subrayar que Jruschov pensó que sería fácil poder controlar a Kennedy por su juventud, a raíz de situaciones complejas como las derivadas del muro de Berlín (1961) y de la crisis de los misiles en Cuba (1962), «Jruschov había infravalorado la voluntad de Kennedy, y el viejo perro, lejos de intimidar al joven cachorro, tuvo que ceder»⁶¹.

Es probable que este tipo de argumentaciones que enfatizaban las consecuencias funestas que el esfuerzo del Sputnik había representado para la URSS no fuesen más que campañas orquestadas por la propaganda occidental. Desde luego, de lo que no hay duda es que, en el contexto de la Guerra Fría, la ciudad de Berlín pasó a ocupar un lugar prioritario al ser presentada como una capital con dos caras, la occidental con la imagen de la Kurfürsterdamm, siempre concurrida, frente a la desértica Stalin Allee del Berlín oriental. Es necesario explicar que la construcción del muro recordaba el pasillo polaco de Danzig, fruto del Tratado de Versalles (1919) que permitía una salida al mar Báltico a Polonia en detrimento de territorios que habían pertenecido a Prusia. Más allá de esta consideración, lo cierto es que el martes 15 de agosto de 1961 la Potsdamer Platz, punto de cruce de los dos sectores de Berlín, fue cerrada con alambre de espino, dos días después del inicio de la erección del muro la noche del domingo 13 de agosto. De hecho, y gracias al libro *Berlín 1961* de Frederick Kempe, contamos con una documentada cronología de los diferentes episodios que se remontan a la década de los cincuenta y que determinaron la construcción del muro, a la vez que declara que «no ha habido un momento más peligroso en toda la Guerra Fría»⁶². Años después, se consideró a Erich Honecker como el responsable de la construcción del muro, un político ortodoxo que con el apoyo de la Stasi sirvió con mano férrea a la República Democrática Alemana, de la cual llegó a ser máximo dirigente entre 1976 y 1989, si bien se vio obligado a refugiarse en Chile después de ser acusado por un tribunal de causar la muerte de decenas de personas cuando intentaban cruzarlo.

Al paso, el levantamiento del muro no hizo más que agudizar las tensiones de la Guerra Fría, a la vez que desde la Alemania Federal—a la cual intentaban llegar buena parte de los que huían del telón de acero, en ocasiones a través de Austria y Suiza, tal como Agota Kristof ha narrado—⁶³ se creaban institutos para el estudio de las condiciones de vida de los países dominados por los soviéticos. No deja de ser ilustrativo que en sus memorias Jruschov se haya referido a la pretensión del canciller Adenauer de unir la Alemania Democrática Alemana, nacida en 1949, a la Alemania Federal después de la muerte de Stalin (1953), a lo que el líder soviético se opuso frontalmente porque la RDA era su aliada. «Teníamos un interés estratégico, económico y político—así como ideológico— en su independencia. Permitir que Alemania [Occidental]

61 Robert Service, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2000, p. 350.

62 Frederick Kempe, *Berlín 1961. Kennedy, Jruschov y el lugar más peligroso del mundo*, Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2012, p. 15.

63 Agota Kristof, *La analfabeta*, Barcelona: Ediciones Alpha Decay, 2015.

creara un solo Estado capitalista alemán aliado con Occidente habría significado para nosotros retroceder a las fronteras de Polonia. Eso habría sido el comienzo de una reacción en cadena, y hubiese dado alas a las fuerzas agresivas de Occidente para ejercer cada vez más presión sobre nosotros»⁶⁴.

A propósito, el 26 de junio de 1963 el presidente John F. Kennedy pronunció en el Berlín occidental, junto a Willy Brandt, el alcalde del sector oeste de la ciudad, la frase que se hizo célebre «Ich bin ein Berliner» (Yo soy un berlinés), que constituyó una especie de consigna de la Guerra Fría y una expresión del deseo de las potencias aliadas de no ceder en la defensa de la libertad. Ahora bien, quedaban todavía muchos años para asistir a la caída del muro de Berlín en 1989 y a la posterior desmembración de la Unión Soviética (1991) que, a pesar de todo, últimamente parece que haya renacido de sus cenizas con el expansionismo rusófilo de Vladimir Putin que en el 2021 ha lanzado una ofensiva militar sobre Ucrania de alcance y consecuencias todavía imprevisibles. Ello pone al descubierto que algo de aquella Guerra Fría permanece en el universo mental de algunos dirigentes de la antigua URSS⁶⁵.

2. La Guerra Fría, ideología y ciencia tecnológica

Es obvio que la Guerra Fría posee diversas manifestaciones, ya que a las estratégicas y militares se pueden añadir las ideológicas y tecnológicas. No en balde, la llegada a los Estados Unidos del científico Werner von Braun —uno de los setecientos integrantes de la operación Paperclip, que los norteamericanos orquestaron para trasladar a su país a los científicos que habían colaborado con el nazismo— favoreció el avance de los Estados Unidos, pero la sorpresa fue que Rusia —que no tuvo acceso a la energía nuclear hasta 1949— superara a los americanos, que denunciaron que los soviéticos habían recurrido al espionaje. Por nuestra parte, nos interesa remarcar que, sin menoscabo de las motivaciones ideológicas, los avances en el ámbito de la ciencia y la técnica con fines armamentísticos tuvieron una notable repercusión en el mundo educativo, ya que si por un lado surgió una opinión favorable al fomento pedagógico de la tecnología, también se oyeron voces como la de Bertrand Russell —que no dudó en escribir a Jruschov— en favor de la paz y del desarme.

Téngase en cuenta que la relación entre ideología y tecnología no era una cuestión tampoco menor, puesto que desde Occidente se explicaba la superioridad soviética derivada del lanzamiento del Sputnik a través del carácter dictatorial del régimen comunista. Así se argumentaba que en la URSS

⁶⁴ Nikita Krushev, *Memorias. El último testamento*, Barcelona: Editorial Euros, 1975, p. 313.

⁶⁵ Pedro Julio Gutiérrez Valdivieso, *De Lenin a Putin*, Madrid: SND editores, 2022.

los maestros ocupaban un lugar de relieve como garantes de la filosofía del Estado para «moldear las mentes juveniles», lo cual a los ojos de Bereday explicaba su estima social y sueldos en el régimen soviético⁶⁶. Con este enfoque se justificaba que la falta de discusiones filosóficas, al imponerse la doctrina marxista-leninista, potenciaba la investigación científico-tecnológica, en detrimento de las ideológicas. «En realidad, no es la libertad individual lo que los rusos consideran lo más importante, sino el prestigio social»⁶⁷.

A partir de mediados del siglo pasado los planes de estudio de muchos países fueron dejando en un segundo término las materias humanistas en beneficio de un giro tecnológico que en el caso de España se evidenció a partir de 1970 con la Ley General de Educación. Este retraso se debió en buena parte a una tradición pedagógica que durante el franquismo potenció el estudio de las lenguas clásicas (latín, griego) en el bachillerato y de las disciplinas filosóficas como la filosofía, sobre todo en la orientación neoescolástica. Ahora bien, también en nuestro país, a partir de los años cincuenta con el lanzamiento del Sputnik (satélite en ruso), se desató un interés por la tecnología, en un contexto de Guerra Fría y, por consiguiente, de lucha ideológica. A estas alturas, pocos dudaban que Rusia fuese una dictadura que sometía a los países situados más allá del telón de acero, una serie de naciones que el comunismo controlaba con mano férrea, policial y militar⁶⁸. Frente a esta situación, aparecía el mundo libre, liderado por los Estados Unidos y con la presencia de España, sobre todo a partir de los Pactos de Madrid (23 de setiembre de 1953), a pesar de no aceptar las reglas del juego democrático. En último término, la diplomacia norteamericana encontró en el franquismo un aliado en la lucha contra el comunismo.

Ciertamente, la ciencia española —después de la diáspora republicana de 1939— poco podía aportar al debate científico de aquellos momentos, pero existía una red de observatorios que facilitaban seguir las órbitas que los satélites artificiales daban alrededor del mundo. Así, se pudo captar, por ejemplo, el paso del Sputnik por la perpendicular de Barcelona. En esta dirección, se argüía que, si bien las posibilidades españolas no estaban a la altura de otras naciones más avanzadas, no por ello se dejaba de cooperar activamente en el progreso. Esto quiere decir que existía un público aficionado que se organizaba en torno a agrupaciones astronómicas como Aster, fundada en Barcelona el año 1948. Así se puede inferir que la divulgación científica, a veces con un pie en la ufología, generaba un gran interés, con lo cual las publicaciones periódicas, ya fuesen diarios o revistas semanales, dedicaban páginas a tal menester. En suma, se vaticinaba la llegada de una nueva época, de la era interplanetaria que despertaba gran curiosidad, hasta el punto de que términos como «ciber-

66 George Zygmunt F. Bereday, *El método comparativo en Pedagogía*, Barcelona: Herder, 1968, p. 19.

67 *Problemas actuales de la enseñanza y la investigación en la URSS*, Madrid: CSIC, noviembre de 1958, p. 83

68 Anne Applebaum, *El telón de acero. La destrucción de Europa del Este, 1944-1956*, Barcelona: Debate, 2017.

nética» se empezaron a hacer familiares para el público español. Por lo general, se ha considerado a Pedro Puig Adam el introductor de esta disciplina en España al pronunciar, en 1952, su discurso sobre «Cibernética y Matemáticas» en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid.

Con este panorama, la atracción por los cohetes hizo que la industria juguetera también se interesase por este tipo de engendros que hacían la competencia a los aviones supersónicos que poblaban el universo mental de los niños. Ya en aquellas fechas, a la sombra de novelas como *De la tierra a la luna* (1865) de Jules Verne, cuya fantasía anticipatoria era exaltada por la prensa, aparecían proyecciones cinematográficas que imaginaban la llegada de la primera expedición terrestre a la luna a través de películas como *Con destino a la luna*, una producción de Hollywood (1950) en tecticolor que respondía al título original *Destination Moon*, basada en la novela juvenil titulada *Rocket Ship Galileo* (1947), de Robert A. Heinlen. Se trata de un film en que después del fracaso de un cohete, los Estados Unidos se ponen a trabajar a fin de obtener el resultado que alcanzarían en 1969, esto es, la llegada al satélite de la tierra. De hecho, el cine de ciencia ficción no fue una exclusiva de Hollywood con *2001, una odisea en espacio* (1968) de Stanley Kubrick, sino también del cine soviético con *Solaris* (1972), un film de Andrei Tarkousky basado en una novela del escritor polaco Stanislaw Lem⁶⁹.

En aquellos momentos, la cuestión de la vida en el universo, más allá de la Tierra, concitaba la atención periodística con la vista puesta en Marte, los posibles extraterrestres y la colonización de otros planetas⁷⁰. Mientras tanto, la prensa de aquellos años prestó atención al progreso tecnológico de la URSS, habida cuenta de que el debate ideológico no tenía ninguna posibilidad de prosperar, porque el régimen comunista generaba condenas, aunque despertaba curiosidad por haber superado a los Estados Unidos al haberse anticipado al lanzar el primer satélite artificial. En este punto, cabe remarcar que la carrera espacial favoreció la divulgación científica, que llegó a las páginas de los periódicos y de los semanarios de la época (*Destino, Gaceta Ilustrada, Garbo*, etc.). Así, varios autores (Mario Lleget, Pedro Mateu Sancho, Miguel Masriera, etc.) publicaron diversas informaciones sobre los progresos en el campo astronáutico, a la vez que dieron a la imprenta una gran cantidad de libros de divulgación con destino al gran público. De este modo, el interés por las cuestiones científicas adquirió gran notoriedad, tal como se comprueba en las líneas editoriales de varias empresas del ramo que encontraron en la astronáutica un campo abonado para su negocio. Después de poder hablar con Pedro Mateu Sancho, el único español que formaba parte del comité organizador del Congreso Astrofísico de Barcelona, Pablo Villarrubia publicó el artículo

69 Marie-Claude Tigoulet, «La soledad del cosmonauta: Solaris», en *El cine soviético en todos los tiempos*, Valencia: Filmoteca de la Generalitat Valenciana, 1988, pp. 263-266.

70 *Gaceta Ilustrada*, «Después del Sputnik. La colonización de los planetas», núm. 67, 18 de enero de 1958, pp. 34-36.

«Barcelona, 1957, el congreso del Sputnik», en el que se hace constar que la delegación soviética regaló a Mateu un catalejo de los utilizados por los rusos para poder seguir la órbita del Sputnik, que como hemos indicado también fue visible desde la Ciudad Condal⁷¹.

Al llegar aquí tenemos que poner de relieve la celebración del Año Geofísico Internacional, que comenzó el 1 de julio de 1957 y se prolongó hasta el 31 de diciembre de 1958. Así las cosas, llegó la hora del VII Congreso Astrofísico, organizado en Barcelona por la Federación Internacional de Astronáutica, entre los días 6 y 12 de octubre de 1957, dos días después de que la URSS lanzase el Sputnik, el 4 de octubre, el primer satélite artificial. A decir verdad, los rusos anunciaron en el VI Congreso Internacional de Astronáutica celebrado en Copenhague (1955) que lanzarían un satélite artificial coincidiendo con la VII reunión científica, que tuvo lugar en la Ciudad Condal, tal como realmente sucedió. Por ello, el Sputnik —considerado el primer satélite artificial de la historia— se lanzó el 4 de octubre, solo dos días antes del inicio de la reunión de Barcelona que coincidió con una visita de Franco a Cataluña, que aprovechó para conocer la abadía de Montserrat y asistir a un partido futbol, disputado en el campo del Barcelona que había sido inaugurado el día de la Merced (24 de setiembre) de aquel mismo año.

Por aquellas mismas fechas, los miembros de la delegación rusa al VII Congreso Internacional de Astronáutica se paseaban tranquilamente por las Ramblas, según recogían las instantáneas de la prensa. Al dar cuenta y razón de aquel Congreso, *Destino* no dudó en afirmar que «los viajes interplanetarios no son una utopía, sino que, por el contrario, serán una próxima realidad», para apostillar a continuación que «no son un sueño quimérico»⁷². Entre los asistentes más notables que se desplazaron hasta la capital catalana para asistir a aquel evento cabe destacar al ruso Leónidas Sedov, que durante años fue considerado el padre del Sputnik, que no sin dificultades por los visados se trasladó a Barcelona con una nutrida delegación de la que formaban parte —entre otros miembros— V. A. Egórov, Lidia Kurnósova y Aila Másevich. Por su parte, entre los integrantes de la delegación norteamericana cabe destacar a Frederick Durant, que trabajaba para el servicio científico de la CIA.

Lógicamente, la evolución de estos trabajos científicos no puede desvincularse del espionaje que salpicó, en diversas ocasiones, la competición entre rusos y americanos para hacerse con el control del espacio. Entre los episodios de la Guerra Fría podemos traer a colación el caso de Pjotr Kapitsa, que después de salir de Inglaterra para visitar a sus familiares en Rusia no fue autorizado a abandonar la Unión Soviética, para la cual tuvo que traba-

71 Pablo Villarrubia Mausó, «Barcelona, 1957, el Congreso del Sputnik», *La Aventura de la Historia*, núm. 228 (2017), pp. 72-74.

72 Pedro Mateu Sancho, «El año geofísico internacional», *Destino*, núm. 1053, 12 de octubre de 1957, pp. 10-13 y núm. 1054, 19 de octubre de 1957, pp. 18-20.

jar finalmente, una historia que Jruschov explica de una manera diferente al señalar que «decidió no regresar a Inglaterra: aceptó permanecer aquí»⁷³. En lo que concierne a los americanos, podemos recordar el caso del matrimonio formado por Julius y Ethel Rosenberg que, después de ser acusados de espionaje en favor de los soviéticos, fueron ejecutados en la silla eléctrica el 13 de junio de 1953, al ser inculcados de pasar información sobre los ensayos nucleares a los rusos, la cual se extraía del centro de Los Álamos. No acaba aquí la cosa, porque el caso de los Rosenberg también justificó en la prensa occidental que los rusos se avanzasen a los estadounidenses en lo relativo a cohetes y satélites artificiales, mientras se anunciaba que el primer satélite artificial norteamericano estaba a punto de ser lanzado aprovechando el Año Geofísico.

Con este trasfondo, no es extraño encontrar en las publicaciones españolas de la época, después del lanzamiento del Sputnik, titulares contundentes como el que vaticinaba que «La guerra de los cohetes ha comenzado»⁷⁴. Queda claro, pues, que la Guerra Fría encontró en la carrera espacial un campo abonado para alimentar el prestigio de los respectivos bloques y sistemas políticos, sobre todo para los soviéticos, que asestaron un duro golpe a los americanos con el lanzamiento del Sputnik. Precisamente, Jruschov se refirió a la exploración del cosmos en sus *Memorias* y dejó claro que la URSS no tenía intención de cooperar con los norteamericanos en la carrera espacial. «Los Estados Unidos tenían más proyectiles con cabeza nuclear, más bases atómicas y más bombarderos. En esa época los aviones todavía representaban el medio principal de enviar armas atómicas a sus objetivos, y todos los centros económicos y administrativos de Rusia estaban dentro del radio de acción de los bombarderos norteamericanos estacionados alrededor de la periferia de nuestro país»⁷⁵. A su vez, Jruschov comenta el incidente del U-2, cuando los soviéticos derribaron un avión espía norteamericano el 1 de mayo de 1960, del cual se salvó el piloto, pero que sirvió para que los rusos pudiesen estudiar la tecnología de los aparatos de su contrincante. En fin, Jruschov, que justificaba la no cooperación en la carrera espacial, también adujo que el interés por llegar a la Luna era una cosa de los americanos, que «habían demostrado claramente su habilidad para alcanzar la Luna, mientras que la Unión Soviética, no»⁷⁶. Por lo demás, Jruschov reconoció que el viaje a la Luna, con el consiguiente regreso, fue «la apoteosis del desarrollo científico», hasta el punto de reconocer que «la Unión Soviética debería enviar un hombre a la Luna, tanto por el bien de la ciencia como por el prestigio de nuestro país»⁷⁷.

A la vista de lo que decimos, la Guerra Fría también supuso una contienda no solo ideológica, sino también en el campo de la ciencia, con centros

73 Nikita Krushev, *Memorias. El último testamento*, Barcelona: Editorial Euros, 1975, p. 61.

74 *Garbo*, núm. 237, 28 septiembre de 1957.

75 Nikita Krushev, *Memorias. El último testamento*, Barcelona: Editorial Euros, 1975, p. 53-54.

76 Nikita Krushev, *Memorias. El último testamento*, Barcelona: Editorial Euros, 1975, p. 55.

77 Nikita Krushev, *Memorias. El último testamento*, Barcelona: Editorial Euros, 1975, p. 55.

como el Massachusetts Institute of Technology, que adquirieron una importancia capital a fin de poder avanzar en la lucha por el espacio, sin olvidar a la NASA (National Aeronautics and Space Administration) creada en 1958. Mientras tanto, en 1957 los Estados Unidos iniciaron el proyecto Atlas de cohetes que permitió que el 20 de febrero de 1962 —cinco años después del Sputnik— el Mercury-Atlas diese una órbita alrededor de la Tierra con la presencia de un tripulante, John Glenn, en el cohete. En este punto, hay que mencionar el nombre de Alan Shepard, considerado el primer astronauta norteamericano que en 1961 realizó un vuelo de dieciséis minutos de duración, en el curso del cual había recorrido una parábola partiendo de Cabo Cañaveral y cayó a 470 kilómetros de distancia, después de haber alcanzado una altura de 185 kilómetros. La propaganda occidental destacaba la trayectoria de Shepard y así se afirmaba, con relación al viaje de Gagarin, que mientras los soviéticos no habían podido encontrar la fórmula de gobernar la nave desde el satélite, debido a su enorme velocidad, los norteamericanos sí. El pulso entre ambas potencias estaba servido, de modo que Ángel Zúñiga —corresponsal de *La Vanguardia* en Nueva York— escribió sobre la hazaña de Shepard: «Un golpe para Rusia y un balón de oxígeno para Kennedy»⁷⁸.

Sin embargo, y como sea que Shepard no concluyó una órbita terrestre, se estima que John Glenn fue el primer astronauta norteamericano, ya que consiguió dar la vuelta a la Tierra en un vuelo espacial. Pero los éxitos soviéticos proseguían y, así, las empresas llevadas a cabo por Herman Titov —el segundo cosmonauta soviético, que había sido seleccionado como reserva de Gagarin— llenaban las páginas de los rotativos de todo el mundo, incluso de los países libres. La hazaña de Titov consistió en dar diecisiete órbitas alrededor de la Tierra durante más de veinticuatro horas, de modo que comió y durmió en la nave espacial. El lanzamiento se produjo el 6 de agosto de 1962, en el decimosexto aniversario de la bomba atómica de Hiroshima, mientras que a finales del mes octubre de aquel mismo año la URSS hacía estallar en Nueva Zembla, el Ártico ruso, su bomba de 50 megatones que ha sido considerada la bomba nuclear más poderosa de la historia. Y todo ello sin olvidar la tensión derivada del caso cubano, con el intento de invasión de la isla a través de la Bahía de Cochinos por parte de elementos contrarrevolucionarios, liderados desde los Estados Unidos por José Miró Cardona, que contaron con el apoyo de la CIA, una aventura que acabó en un estrepitoso fracaso, preludio de la posterior crisis de los misiles (1962). En fin, este conjunto de factores —carrera especial, nuevas pruebas nucleares con fines bélicos, expansión del comunismo por Latinoamérica— que giran en torno al año 1960 muestran un mundo en tensión, un punto culminante de la Guerra Fría.

Otrosí, llama la atención que Jruschov diese a la Guerra Fría una orientación propia con su propuesta de coexistencia pacífica, inspirada en la política de Lenin, una idea que estampó en un artículo en el periódico *Pravda* el 6 de setiembre de 1959 y que como folleto circuló extensamente por Occidente, sobre todo en versiones francesas que se editaban en París⁷⁹. Si por un lado Francia acogió a muchos rusos que se vieron obligados a emigrar después de la Revolución de Octubre de 1917, no es menos verdad que la revista *Études soviétiques* (1948-1991) también sirvió de elemento divulgador de la realidad soviética. De hecho, el texto de Jruschov que acabamos de comentar, *De la coexistence pacifique*, se publicó como suplemento en esta revista aquel mismo año y se tradujo igualmente al español⁸⁰. A la larga, esta política de coexistencia pacífica fue aceptada por el presidente Kennedy, del cual Jruschov elogió su inteligencia y preparación, en un juicio que contrasta con la opinión que tenía de Eisenhower. A pesar de la inquietud de aquellos años, con la construcción del muro de Berlín y la crisis de los misiles, Jruschov reconoce que «pese a lo irreconciliable de nuestro antagonismo de clase, Kennedy y yo encontramos un terreno y un lenguaje comunes cuando se trató de evitar un conflicto militar»⁸¹.

3. Juan Tusquets y la educación soviética

Por cuanto venimos diciendo, parece claro que las relaciones entre la Guerra Fría y la carrera espacial, con sus implicaciones en lo relativo a la política de defensa de ambos bloques, dejaron su impronta también en el campo educativo. A partir de finales de la década de los cincuenta daba la impresión de que el modelo educativo soviético era superior al norteamericano, con lo cual se imponía su estudio y análisis. Por consiguiente, no puede extrañar que incluso desde la España franquista, con su inveterado anticomunismo, se prestara atención a la enseñanza soviética. Pensamos, además, que el interés por la URSS se acrecentó con la muerte de Stalin en 1953 y la llegada al poder de Jruschov, nuevo secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética que reconoció alguno de los errores del régimen de terror estalinista. De ahí que no sorprenda que la *Revista de Educación*, que editaba el Ministerio del ramo en España, dedicase a partir de aquel momento diversos trabajos a la situación de la enseñanza en la URSS e, incluso, de la Alemania Oriental, que era presentada como un régimen totalitario, si bien mereció la atención de un observador como Enrique Casamayor, que publicó diversas noticias informativas en la *Revista de Educación* a comienzos de la década de los cincuenta⁸². En líneas generales, se destacaba que la orientación dada en la Unión Soviética a las enseñanzas científicas tenía un interés especial por las consecuencias que

79 Vladislav M. Zubok, «La política del Kremlin y la “coexistencia pacífica”, 1953-1956», en: *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la Guerra Fría*, Barcelona: Crítica, 2008, pp. 157-198.

80 Nikita Jruschov, *La coexistencia pacífica*, Madrid: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1963, pp. 13-40.

81 Nikita Kruschev, *Memorias. El último testamento*, Barcelona: Editorial Euros, 1975, p. 455.

82 Enrique Casamayor, «Pedagogía política en la DDR», *Revista de Educación*, núm. 22 (1954), pp. 101-107.

los progresos científicos comportaban, si bien se denunciaba que los éxitos soviéticos no alcanzaban los logros de los restantes países desarrollados. A su vez, se afirmaba que las conquistas bolcheviques se conseguían después de muchos esfuerzos materiales y de inmensos sacrificios espirituales.

En ese escenario, se argumentaba que la carrera emprendida por las dos grandes potencias mundiales obligaba a prestar singular atención a la organización de los estudios de ciencias en un país que pretendía la conquista del espacio, pero sin olvidar otros aspectos. Entre estos artículos, cabe citar los de Bohdan Y. Cymbalisty, un autor ucraniano instalado en la diáspora del régimen soviético y que seguía con atención la educación de la URSS⁸³. Bajo esta óptica, también es digno de mención que en España se editase el año 1958, a través del Consejo de Investigaciones Científicas, un folleto con el título *Problemas actuales de la enseñanza y la investigación en la URSS (1958)*. Esta publicación, fruto de la acumulación de materiales de diferente procedía, entre los que destacan artículos del *New York Times*, ponía de manifiesto la relevancia del impacto del lanzamiento del Sputnik por parte de la URSS, un acontecimiento que justificaba que a partir de entonces «comenzó el mundo occidental a ocuparse cada vez más de la organización científica rusa y se dedicó a poner a prueba sus sistemas»⁸⁴. Entre otros aspectos, se hacía hincapié en que en Rusia no existían dificultades para el acceso de los jóvenes a los estudios científicos y las investigaciones técnicas. De idéntica manera, se enfatizaba el prestigio de los científicos soviéticos, se señalaba la gran cantidad de revistas científicas soviéticas, de las cuales los norteamericanos únicamente seguían una ínfima parte, a la vez que se anotaba un caso concreto que merece ser reproducido por su significación.

«Cuando en el otoño pasado comenzó el “Sputnik” su marcha alrededor de la tierra, los radiotécnicos americanos se vieron precisados a trabajar intensamente para recibir las ondas enviadas; más tarde se vio que una revista especializada rusa había dado ya en sus publicaciones de junio y julio las frecuencias elegidas del satélite artificial»⁸⁵.

Por consiguiente, los Estados Unidos habían de tener en consideración las publicaciones científicas soviéticas, que no debían ser desdeñadas en modo alguno como había acontecido hasta entonces. Mientras desde el Consejo Superior de Investigaciones Científicas se fijaba la atención en la Unión Soviética —cuyo pabellón de la Expo de Bruselas de 1958, en un despliegue de propaganda, ofreció al público una réplica del Sputnik en tamaño natural que colgaba en el aire— también Juan Tusquets (1901-1998) abordó la cuestión rusa. De alguna manera, bien podemos decir que si durante su juventud espíó,

83 Bohdan Y. Cymbalisty, «Sistema de enseñanza escolar en la URSS. I», *Revista de Educación*, núm. 15, (1953), pp. 18-22 y «Sistema de enseñanza escolar en la URSS. II», *Revista de Educación*, núm. 17, (1954), pp. 169-172.

84 *Problemas actuales de la enseñanza y la investigación en la URSS*, Madrid: CSIC, noviembre de 1958, p. 67.

85 *Problemas actuales de la enseñanza y la investigación en la URSS*, Madrid: CSIC, noviembre de 1958, p. 72.

denunció y persiguió a los masones, por lo general con acusaciones sin ningún fundamento como la que afectó a Francesc Macià, ahora aplicaba al estudio de la Unión Soviética la metodología que le ofrecía la educación comparada. Por ende, sus trabajos a partir de la década de los años cincuenta, cuando ya ocupaba la cátedra de Pedagogía en la Universidad de Barcelona, adquirieron un cariz más técnico, aunque con la misma intención ideológica, que no era otra que combatir a los enemigos de la civilización cristiana, hasta el punto de que su pedagogía adquirió una dimensión culturalista⁸⁶. Acaso por esto, Tusquets consideraba que la masonería se encontraba detrás de los vientos ilustrados del siglo XVIII y, por extensión, detrás de las revoluciones modernas, la mexicana de 1910 y la soviética de 1917.

Igualmente, no podemos perder de vista que su actuación política ha merecido la atención de historiadores como Paul Preston, que en *Arquitectes del terror. Franco i els artífexs de l'odi* ha señalado que Tusquets, que visitó el campo de Dachau durante los inicios del nazismo, fue el promotor de las acciones antimasónicas y antisemitas que acogió el franquismo en sus campañas contra el contubernio «judeo-masónico y bolchevique»⁸⁷. Como es sabido, Tusquets, con su obsesión por la masonería, es autor de una extensa bibliografía contra la actividad de las sectas, publicada durante los años de la Segunda República y los primeros compases del franquismo, con el respaldo del régimen del 18 de julio de 1936. En esta dirección, su obra sobre los *Orígenes de la revolución española* (1932) se convirtió en un texto clásico en los años anteriores a la Guerra Civil, sin perder de vista su crítica a la francmasonería considerada como un delito de lesa majestad. Ahora bien, a partir de la década de los cincuenta se acentuó su orientación pedagógica, ya que desde su juventud se había especializado en el campo de la pedagogía catequética, con la consiguiente persecución de todos los establecimientos y corrientes pedagógicas de carácter teosófico que abundaban en Cataluña en la década de los años veinte y treinta⁸⁸.

Desde su cátedra de Pedagogía de la Universidad de Barcelona, a la que llegó en la década de los cincuenta, Tusquets se centró en los estudios de educación comparada y, si antes se había dedicado a denunciar a *Masones y pacifistas* (1939), ahora dirigía su punto de mira hacia el comunismo, con lo que la educación de la Unión Soviética despertó su atención. Hemos de suponer que Tusquets pensaba que una vez asentado el régimen franquista con el apoyo norteamericano el peligro no residía ya en la conjura judeo-masónica, causante de todos los males de la cristiandad, sino en el comunismo cuya ideología penetraba en la cultura europea a través de los filósofos de la izquierda hegeliana. Por lo demás, Tusquets montó su despacho en la sede barcelonesa

⁸⁶ Conrad Vilanou, «La pedagogía culturalista de Juan Tusquets (1901-1998)», *Revista Española de Pedagogía*, núm. 220 (2001), pp. 421-438.

⁸⁷ Paul Preston, *Arquitectes del terror. Franco i els artífexs de l'odi*, Barcelona: Debate, 2021, pp. 97-137.

⁸⁸ Joan Soler Mata, «Juan Tusquets ante la vocación educativa del movimiento teosófico en Cataluña durante el primer tercio del siglo XX», en: *La Historia de la Educación entre Europa y América. Estudios en honor del profesor Claudio Lozano Seijas*, Madrid: Dykinson, 2018, p. 281-296.

del Consejo Superior de Investigaciones Científicas —una extensión del Instituto San José de Calasanz—, desde donde continuó publicando la revista *Perspectivas Pedagógicas*, cuyo primer número apareció en 1958, mientras atesoraba una importante biblioteca. Si en 1969 Tusquets se jubiló de la Universidad de Barcelona, prosiguió sus tareas en su despacho del Consejo en la calle Egipcíacas hasta comienzos de la década de los ochenta, cuando la educación comparada había cuajado como disciplina en muchas universidades españolas. Mientras tanto, todavía acudía a los congresos internacionales de educación comparada y no perdía ocasión —como sucedió en Londres (1977)— en recabar información sobre las distintas agrupaciones (Rotarios, Club de los Leones, etc.) que podían perjudicar el buen nombre de España en el concierto de las naciones.

Como hemos avanzado, el interés de Tusquets por la URSS se detecta en sus trabajos y estudios, como el que publicó en 1957, pocas semanas después del lanzamiento del Sputnik el 4 de octubre de 1957 y de la celebración en Barcelona del VII Congreso Internacional de Astronáutica⁸⁹. En su reflexión, Juan Tusquets destacaba los dos éxitos del sistema pedagógico soviético: la desaparición del analfabetismo, reducido a un tres por ciento, y el haber lanzado el primer satélite artificial. Es obvio que Tusquets concedía una importancia capital a la historia, que abordaba —según la lógica hegeliana— de una manera dialéctica, como veremos a continuación. Por el momento, reseñamos que en su análisis sobre la educación soviética estableció diversos periodos, el primero de los cuales se extiende entre 1918 y 1929, una etapa que coincide con el periodo de vanguardia en que el *Proletkult* —cultura proletaria, organismo liquidado en 1932— ejercía una gran influencia, hasta el punto de amparar todo tipo de iniciativas. Ahora bien, a esta fase optimista de ensayo siguió una época marcada por las reformas estalinistas que pedagógicamente dependían, en buena medida, de los postulados de Makarenko, presentado por Tusquets como una figura enigmática. Entre los aspectos más destacados de la educación soviética gestada durante los primeros compases de la Revolución, entre 1917 y 1929, destacaba el ateísmo, una nueva política familiar con la inclusión del divorcio, la coeducación, el fomento de la formación politécnica que contemplaba el trabajo manual y el retroceso del contenido humanista, todo ello forjado a través de una figura como la de Anatoli Lunacharsky, primer responsable del comisariado de Instrucción (*Narkompros*) del régimen soviético, al que en opinión de Tusquets «se le dejó amplísima libertad»⁹⁰. Una libertad creativa en el ámbito de la cultura gracias a la acción del *Proletkult* que fue acompañada por un movimiento contra la estructura familiar. «La familia fue el primer escenario al que los bolcheviques condujeron su lucha... Los bolcheviques esperaban que la familia desapareciera a medida que la Rusia soviética

89 Juan Tusquets, «La situación pedagógica en el país de los satélites artificiales», *Revista de Educación*, núm. 69 (1957), pp. 112-116.

90 Sheila Fitzpatrick, *Lunacharski y la organización soviética de la educación y de las artes (1917-1921)*, Madrid: Siglo XXI, 1977.

pasara a ser un sistema plenamente socialista...»⁹¹. De hecho, Joseph Roth se hizo eco desde las páginas del *Frankfurter Zeitung*, el 1 de diciembre de 1926, de esta nueva moral sexual que prohibía la prostitución y que, a su entender, no era inmoral, sino solo higiénica⁹².

De cualquier modo, según Tusquets, todo ello generó un fracaso pedagógico que obligó a replantear las cosas, sobre todo después de que Stalin, una vez eliminado Trotsky (1929), se hiciese con el control absoluto. Por ello, se ha hablado del puritanismo estalinista que, como Tusquets apuntaba, comportó limitaciones para el divorcio, el aborto y el uso de anticonceptivos. De hecho, esta reacción también influyó sobre la educación sexual, con lo que el régimen estalinista combinó el terror con el puritanismo⁹³. Por lo demás, se mantuvo el ateísmo anterior, que Jruschov intensificó más si cabe, mientras reorientó la política familiar y se suprimió el soviét (consejo) de alumnos, a la vez que la formación politécnica se alternaba con una cultura general, si bien de signo materialista-histórico. A los ojos de Tusquets, el giro estalinista consistió en la adopción de medidas reaccionarias que fortalecieron la autoridad de familiares y profesores, hasta el punto de reconocer, a través de algunas fuentes consultadas, que los jóvenes soviéticos asistían a escuelas más avanzadas que sus homólogos occidentales.

Además, Tusquets abordó la figura de Makarenko, que consideraba un tanto enigmática, el pedagogo protegido por Gorki, que dio cuenta de sus experiencias educativas en el *Poema pedagógico*, una obra que leyó en alemán. «Enigmático, según Tusquets, por su carácter; enigmático, por su herencia y educación hogareña, ya que su padre era serio y paciente y su madre habladora, alegre y ambiciosa; complejo, por la variedad de escenarios en que se desarrolló su vida juvenil; y misterioso, en cuanto a la real finalidad de su sistema, que si tiene mucho de Tolstoi, parece tener no menos de Gorki»⁹⁴. Por así decir, el éxito de la reforma pedagógica que se realizó en la Unión Soviética se debía a Makarenko, que recuperó prácticas educativas tradicionales y las adaptó a la concepción moral soviética que, al proclamar la importancia de la colectividad y del Partido, era más exigente que la burguesa.

No sobra recordar al respecto el caso de Pavlik Morozov (1918-1932), un joven que según la doctrina oficial del Partido denunció a su padre por no actuar correctamente, sino de manera egoísta, hasta el punto de ser víctima de su propia familia. Aunque hoy se duda de la veracidad del relato, lo cierto es que esta historia aparecía como ejemplar en los libros de texto soviéticos, a la vez que se erigieron diferentes estatuas en su honor. Por su parte, Eisenstein filmó la película *La pradera de Bezhin* (1935-1937), inspirada en esta historia hoy

91 Orlando Figes, *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*, Barcelona: Edhasa, 2009, p. 54.

92 Joseph Roth, *Viaje a Rusia*, Barcelona: Editorial Minúscula, 2008, p. 99.

93 Félix Bayón, *La vieja Rusia de Gorbachov*, Madrid: Ediciones El País, 1985, p. 163.

94 Juan Tusquets, «La situación pedagógica en el país de los satélites artificiales», *Revista de Educación*, núm. 69 (1957), p. 115.

considerada ficticia que tiene un antecedente en un cuento de Turguéniev. Finalmente, el film no se estrenó por decisión de Boris Shumiatski, máximo responsable del cine soviético que poco después (1938) fue víctima de las purgas estalinistas. La cosa llega al extremo que Eisenstein tuvo que reconocer públicamente su error en el rodaje de esta película en torno a la lucha de un padre que es un kulak (pequeño propietario) y de un hijo que, en su condición de joven pionero de las Juventudes Comunistas, defiende la colectivización de tierras, que el afamado director consideró que era «un episodio posible, pero no típico», por no corresponder a la filosofía del realismo socialista, sino a una abstracción de signo psicológico, lo cual significaba una clara desviación⁹⁵.

Según Tusquets, las reformas introducidas por Stalin volvían a dar protagonismo a los padres en detrimento de la intervención del estado y a los maestros en perjuicio de los soviets, con lo cual la educación soviética se presentaba dialécticamente entre el estatismo que liquidaba el papel de la familia y la autoridad de los profesores con la recuperación de su protagonismo en el proceso educativo, un tema que dejaba en entredicho la figura de Makarenko que, si por un lado, exaltaba la idea de comunidad, identificada en los principios del Partido, también reconocía la transcendencia de los lazos familiares. «Su metodología no fue cerrilmente comunitaria. Acentuó lo comunitario, como no podía menos de ocurrir, en sus colonias de muchachos abandonados; pero aun en estas procuró que penetrase el ideal hogareño»⁹⁶.

Excusado, es decir, que las referencias al mundo soviético emergen en el pensamiento de Tusquets de estos años que siguieron al lanzamiento del Sputnik y así publicó un estudio sobre «La educación soviética desde sus orígenes hasta Kruschev»⁹⁷. De conformidad con su visión dialéctica de los problemas educativos, plantea una alternativa entre el optimismo pedagógico de los esposos Lenin, al cual contraponía el nuevo humanismo de Stalin, y Makarenko, para finalizar con la síntesis de Jruschov que presentaba a modo de un neoleninismo. Ya para elaborar este artículo el autor remitía a las obras de Bereday, en concreto a los libros *The changing Soviet School* (1960) y *The Politics of Soviet Education* (1960). Antes de entrar en su contenido, podemos añadir que este mismo trabajo, con el título de «Pesimismo y optimismo en la educación soviética», fue expuesto en el verano de 1962 en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, en el marco del curso sobre humanidades y problemas contemporáneos que dirigió Adolfo Muñoz-Alonso. En realidad, Tusquets ya había participado en este mismo curso, en la edición correspondiente al año 1961, cuando en un trabajo sobre «El hombre y lo humano en la pedagogía contemporánea» se refirió a la pedagogía típicamente soviética que vinculó de nuevo a la figura de Makarenko.

⁹⁵ Sergei Eisenstein, «Autocrítica al film inconcluso “La pradera de Bezhin”», en: *El cine soviético en todos los tiempos*, pp. 126. La retracción de Eisenstein, con el título de «Autocrítica al film inconcluso *La pradera de Bezhin*», también puede verse en: *Reflexiones de un cineasta*, Barcelona: Editorial Lumen, 1990, pp. 237-242.

⁹⁶ Juan Tusquets, «El hombre y lo humano en la pedagogía contemporánea», *Crisis*, núm. 25-28 (1960), Santander: Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1961, p. 6.

⁹⁷ Juan Tusquets, «La educación soviética desde sus orígenes hasta Kruschev», *Orbis Catholicus. Revista Iberoamericana internacional*, vol. VI, núm. 6 (1963), pp. 496-512.

En líneas generales, Tusquets vinculó el optimismo pedagógico de Lenin y su compañera Nadezhda Krupskaya al optimismo hegeliano y al misticismo soviético, en un proceso de larga duración que remarca la proletarización de la enseñanza, pero que debido a la libertad existente constituyó un fracaso, con consecuencias como la inmoralidad y la indisciplina. Siempre según Tusquets, y frente a esta etapa un tanto decepcionante, se alza el nuevo humanismo de Stalin y de Makarenko que abandona los ensayos e improvisaciones y restaura algunos valores tradicionales (respeto a padres y educadores), «pero despojándolos de la más leve relación con lo divino, lo sobrenatural»⁹⁸.

Gracias a esta nueva política, Tusquets explica los éxitos de la URSS, que con la llegada de Jruschov se abría a una etapa liberadora, esto es, a un neoleninismo optimista que aparece como una especie de síntesis entre el periodo leninista de primera época y la antítesis de la reacción estalinista, si bien denuncia repetidamente que la educación soviética —en todas sus fases y periodos— ha exaltado el mito del paraíso terrestre y del dios-trabajo en detrimento de la dimensión sobrenatural del ser humano. De alguna manera, la radiografía que traza Tusquets al presentar a Jruschov como una vuelta al leninismo coincide con lo que formulan historiadores del prestigio de Robert Service al señalar que «al eliminar algunos aspectos de la herencia de Stalin y emprender un regreso en parte al leninismo, Jruschov solucionó unos pocos problemas pero evitó hacer lo mismo con la mayoría de los restantes». A continuación, añade: «En cierta medida, su fracaso fue culpa suya. Tenía una personalidad voluble y autocrítica muy autocrática»⁹⁹. Quizás por ello, Jruschov no pudo llevar a la práctica su plan de reformas educativas («no solo abolió las tasas, sino que en 1958 propuso añadir un año al programa de diez para dedicarlo en parte al aprendizaje de un oficio manual en una fábrica o granja local»), que «nunca llegaron a implantarse del todo y fueron revocadas tras su expulsión del poder»¹⁰⁰.

No sabemos lo que Tusquets dijo sobre el acceso de Brezhnev al poder en 1964, después de la deposición de Jruschov, pero en consonancia con su dialéctica resulta legítimo pensar que lo hubiera considerado un pesimismo neoestalinista¹⁰¹. Sea como fuere, lo cierto es que Tusquets ya pronosticó en 1957 el derrumbe de la URSS por no satisfacer la expectativa de libertad del hombre religioso, al remarcar —tanto en la tesis optimista leninista como en la reacción estalinista e, incluso, en la síntesis de Jruschov— las consecuencias del ateísmo que va más allá de una pura y simple neutralidad ideológica, ya que «encarece a maestros y profesores que no pierdan ocasión de infundir ideas antirreligiosas»¹⁰². En suma, cuando Tusquets vaticinó la quiebra del sistema soviético, que negaba la posibilidad de la religión, se preguntó: «¿cuándo

98 Juan Tusquets, «La educación soviética desde sus orígenes hasta Kruschev», *Orbis Catholicus. Revista Iberoamericana internacional*, vol. VI, núm. 6 (1963), p. 506

99 Robert Service, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2000, p. 333.

100 William Taubman, *Kruschev. El hombre y su época*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2005, p. 464.

101 William W. Brikman y John T. Zepper, «Education during the Brezhnev era, 1964-1982», en: *Russian and Soviet Education, 1731-1989*, Nueva York-Londres: Garland Publishing, 1992, p. 45-50.

102 Juan Tusquets, «La educación soviética desde sus orígenes hasta Kruschev», *Orbis Catholicus. Revista Iberoamericana internacional*, vol. VI, núm. 6 (1963), p. 508.

y cómo ocurrirá esto? O bien por evolución, o bien en el preciso instante en que, por cualquier accidente histórico, le falten fuerzas a la violencia para servir de soporte a una pedagogía contradictoria»¹⁰³.

3. Apostilla final

A la vista de lo que hemos expuesto, parece claro que no es exagerado afirmar que la Guerra Fría, en general, y el lanzamiento del Sputnik, en particular, influyeron en el campo del saber con la divulgación científica. En lo que concierne a la pedagogía, se favoreció el desarrollo de los estudios de educación comparada que dirigieron su mirada hacia el sistema pedagógico soviético. Desde este prisma, los nombres de George F. Z. Bereday y Juan Tusquets ilustran y confirman lo que hemos visto con relación a unos momentos históricos que afectan a un periodo de coexistencia pacífica, según formuló Jruschov, en que la URSS avanzó tecnológicamente a los Estados Unidos, algo impensable en 1945, más aún si tenemos en cuenta la ayuda de material bélico que los norteamericanos prestaron a los soviéticos durante la Segunda Guerra Mundial y el lanzamiento de la bomba atómica en 1945, cuatro años antes de que estuviera en poder de la URSS.

Es hora de poner fin a este trabajo, y quizá nada más oportuno que una última consideración sobre la trayectoria de Juan Tusquets, que hemos presentado como el introductor e institucionalizador de la educación comparada en España durante la época de la Guerra Fría. A grandes rasgos, y de acuerdo con sus planteamientos ternarios, podemos establecer que, si durante su juventud se dedicó a denunciar y perseguir ideológicamente a masones, teósofos y pacifistas, tal como Paul Preston y Joan Soler Mata han desarrollado, llegada la madurez dirigió sus reflexiones hacia el comunismo para advertir sobre los peligros de una pedagogía atea, que eliminaba la trascendencia del ser humano. Si los ataques a la masonería pueden ser vistos como una tesis, y los del comunismo como la antítesis, queda pendiente la síntesis que Tusquets orquestó en torno a la educación europea.

En efecto, Tusquets, en la década de los sesenta, se centró en la idea de Europa y, por consiguiente, en la noción de «hombre europeo» en contraste con el «hombre nuevo» soviético, y en la educación europeísta, que pasó a ser una constante en aquellos años. Así las cosas, y frente a la Europa económica o política, abogó por la Europa pedagógica, un continente que no podía explicarse por la geografía ni la idea de raza, sino a través de la filosofía perenne inherente a la historia continental. De ahí, pues, la importancia de los Institu-

103 Juan Tusquets, «La situación pedagógica en el país de los satélites artificiales», *Revista de Educación*, núm. 69 (1957), p. 116.

tos de Estudios Europeos, del Colegio de Europa y de todas aquellas instancias (entre las que se encontraba el bachillerato europeo) que trabajaban por la unidad continental, pero sin contar con la instrucción y la práctica religiosa. Lejos de los dogmatismos, ahora Tusquets proponía una actitud próxima al sentido común, «un espíritu abierto a los valores propios —esto en primerísimo lugar— y extraños, habilidad para enaltecer lo nuestro, discreción para enterarnos de lo ajeno, tesón y diligencia»¹⁰⁴.

Situados en la década de los años sesenta del siglo pasado, Tusquets lamentaba la orientación tecnológica y utilitaria que adquiriría la educación europea, deriva que a sus ojos constituía un serio peligro que podía cerceñar el alma del continente y, por ende, su orientación humanista. Frente a la Rusia soviética carente de alma, Tusquets se sentía complacido porque Europa reconociese su significación cristiana. De acuerdo con su apreciación, Europa—vista como una vía humanista y pedagógica— iba descubriendo que la visión cristiana es mucho más europea que el positivismo, el laicismo y el experiencialismo, según dejó escrito en las páginas de *La Gaceta Ilustrada* a comienzos de los sesenta, en un artículo que hemos localizado, pero que no podemos datar con precisión.

Con independencia de esta vocación europeísta, unos años más tarde abordó «Las “constantes” pedagógicas de Europa», en el marco de una reflexión más general sobre «Las constantes europeas»¹⁰⁵. En este trabajo que data de 1969, Tusquets contrapone cuatro modelos desde una perspectiva comparada: el europeo, siempre dialéctico, representado por Otto Willmann; el norteamericano, simbolizado en la figura de Dewey; el eslavo, ejemplarizado en Makarenko, y el oriental hinduista que Tagore personifica. A partir de esta clasificación, distingue al europeo como «constante en la inconstancia», al norteamericano como «inconstante en la constancia», al eslavo como «utópico de la constancia» y al oriental como «constante en su constancia». Dicho esto, Tusquets abogaba por una fusión entre el europeo y el norteamericano que así se situaría frente al eslavo y al oriental. Pero a pesar de este espíritu un tanto contradictorio, lo cierto es que Tusquets reclamaba una Europa con alma, lejos de la Europa-robot, aunque se lamentaba de la postergación de las materias humanistas, de modo que se situaba en una especie de tercera vía —o síntesis, si se quiere— entre el materialismo comunista y el capitalismo norteamericano que fuese sensible al mensaje de la Iglesia y, por ende, a lo que simboliza Roma al lado de Jerusalén y Atenas. Y todo ello sin perder de vista el sentido de apertura moderada que a su criterio implicó el Concilio Vaticano Segundo (1962-1965), que fue objeto de reflexión y comparación respecto al Concilio Vaticano Primero (1869-1870)¹⁰⁶.

104 Juan Tusquets, «España ante la educación europeísta», *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, Barcelona: Universidad de Barcelona-Facultad de Filosofía y Letras, 1965, vol. 1, p. 121.

105 Juan Tusquets, «Las “constantes” pedagógicas de Europa», en *Las constantes de Europa*. VI Semana Internacional de Estudios Sociales, Barcelona: Diputación de Barcelona-Instituto de Ciencias Sociales, 1969, pp. 455-462.

106 Juan Tusquets, *El què i el perquè dels dos concilis vaticans?*, Barcelona: Santandreu, 1999.

En definitiva, la Europa de Tusquets había de responder a un alma espiritual, vinculada históricamente a su historia continental que depende del cristianismo, una posición que llevó a combatir a los enemigos de la religión, ya fuesen los librepensadores causantes de la Revolución España, que a su entender anticipó el advenimiento de la Segunda República española, y del ateísmo comunista, asumido por la pedagogía soviética. De ahí, pues, su interés por la educación comparada que, durante la Guerra Fría, se convirtió en una metodología que, con su estatuto de cientificidad, sirvió para estudiar los sistemas educativos de todos los países, naturalmente de las naciones aliadas, pero también y especialmente de los Estados que giraban en la órbita de la Unión Soviética, sobre todo durante los momentos más tensos de la Guerra Fría. Si en su juventud Tusquets fue un apologeta que no rehuyó la denuncia, la falsedad y el combate, durante la Guerra Fría recurrió a la educación comparada para llevar a cabo su tarea, para lo cual contó con la amistad y el soporte de Bereday. Si este último orientó su actividad en los últimos años hacia el derecho juvenil, Tusquets optó por la vía intelectual a través de estudios sobre Ramón Llull o la historia de los dos concilios Vaticanos¹⁰⁷. Quizá hubiera sido interesante poder contar con sus memorias, pero renunció a escribirlas, si bien concedió diversas entrevistas en que intentó justificar su polémica actuación. Por nuestra parte, hemos procurado —dentro de nuestras posibilidades— dar cuenta y razón de un episodio que pone de relieve las relaciones entre la Guerra Fría y la educación comparada, y la introducción e institucionalización de esta disciplina en España.

107 Ramona Valls y Conrad Vilanou, «Joan Tusquets (1901-1998). Intel·lectual i pensador comparatista». *Revista Catalana de Teologia*, [en línea], vol. 27, núm. 1, (2002), pp. 107-22, <https://raco.cat/index.php/RevistaTeologia/article/view/71227> [Consulta: 20-06-2022].